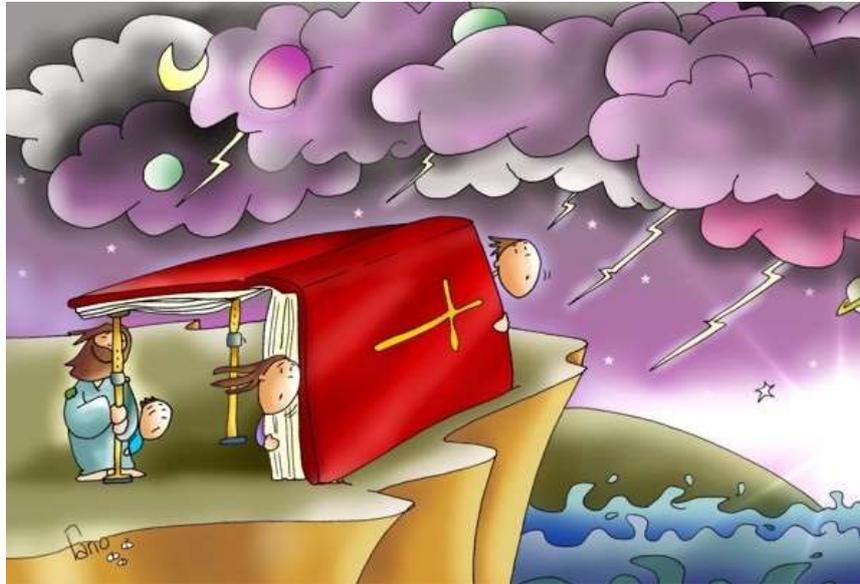


Carlos Mesters, oc

Cielo nuevo y Tierra nueva
Esperanza de un pueblo que sufre



El Apocalipsis de San Juan: Una clave de lectura

INTRODUCCIÓN

TRES DIÁLOGOS SOBRE EL APOCALIPSIS

El Apocalipsis es un libro muy solicitado por el pueblo. Libro misterioso. ¡Lleno de visiones extrañas! Todos perciben que algo importante se oculta en su interior para dar sentido a la vida. Pero hay diferentes maneras de leerlo.

PRIMER DIÁLOGO

- Doña María José, ¿lee usted la Biblia?
- Sí, Señor, la leo todos los días.
- ¿Cuál es la parte de la Biblia que lee usted más?
- ¡Ah! ¡A mí, lo que más me gusta es el Apocalipsis! Lo leo todos los días.
- ¿Entiende usted todo lo que lee en el Apocalipsis?

- Entender, lo que se dice entender, no. Comprendo muy poco. Pero, ¡me gusta mucho! ¡Me da consuelo y valor para la lucha!

María José lee el Apocalipsis no tanto para entender las cosas, sino para sentir de cerca el apoyo de Dios. Así, ella hace acopio de fuerza para la lucha. De hecho, el solo entendimiento sin fuerza que empuje, no lleva a la lucha. ¡Un buen volante, pero sin motor, no hace andar al carro! ¿Pero bastará la sola fuerza sin el entendimiento?

SEGUNDO DIÁLOGO

- Señor Delgado, ¿lee usted la Biblia?

- De vez en cuando, pero me gusta mucho.

- ¿Por qué?

- ¡Porque no la entiendo! Sobre todo el Apocalipsis. No entiendo nada; hasta me da miedo.

- ¿Miedo? ¿Por qué?

- Por aquellas visiones terribles del fin del mundo y de la bestia. Para quien no lo entiende, da más miedo que consuelo.

El valor para luchar nace de la fe y necesita del entendimiento. De lo contrario, ese valor se debilita y se pierde en el vacío. No basta tener un buen motor. Es necesario que el volante sea también bueno. Si no, el coche puede voltearse y despedazarse todo. No todos somos como María José: muchos son como Delgado. Si no lo entienden, el Apocalipsis no les dice nada. Más bien produce miedo y hasta aleja al pueblo. ¿Dónde buscar la luz para entenderlo?

TERCER DIÁLOGO

- Señor Raimundo, ¿ya sabe la noticia?

- ¿Qué noticia?

- ¡La del Papa en Roma! Sufrió un atentado de bala, ¡pero no murió!

- ¡Ah! Esto ya lo sabía desde hace mucho tiempo. No me sorprendió.

- Pero, ¿cómo?, ¿sucedió hoy en la tarde!

- Pues este hecho está de acuerdo con lo que está escrito.

- ¿Escrito?, ¿dónde, señor Raimundo?

- ¡En la Biblia! ¡En el Apocalipsis! Ahí dice que la bestia es herida de muerte pero sobrevive, ¿no es así? ¡Pues entonces!

Para Raimundo, que no es católico, la bestia es el Papa de Roma. El lee el Apocalipsis con este entendimiento. Para algunos, la bestia es el actual gobierno. Para otros, es el capitalismo. Para otros más, el comunismo. De acuerdo a su propio entendimiento, cada uno lee el Apocalipsis y saca de él sus propias conclusiones. ¿Quién tiene razón?

Lo mejor será preguntarle directamente al autor del Apocalipsis: “Señor Juan, ¿cuál es el verdadero sentido de las cosas que usted escribió?”. Está claro que Juan no va a respondernos. El murió hace casi dos mil años. Pero a lo largo de las páginas del Apocalipsis dejó varias informaciones esparcidas que aclaran el sentido de muchas cosas. Vamos a recoger todas estas informaciones en los siete capítulos de este libro y a presentarlas como una llave de lectura para el libro del Apocalipsis.

Lo mejor será preguntarle directamente al autor del Apocalipsis: “Señor Juan, ¿cuál es el verdadero sentido de las cosas que usted escribió?”. Está claro que Juan no va a respondernos. El murió hace casi dos mil años. Pero a lo largo de las páginas del Apocalipsis dejó varias informaciones esparcidas que aclaran el sentido de muchas cosas. Vamos a recoger todas estas informaciones en los siete

capítulos de este libro y a presentarlas como una llave de lectura para el libro del Apocalipsis.

AVISO: En este pequeño libro, usted va a encontrar muchas veces algunos números entre paréntesis, sin ninguna otra indicación. Por ejemplo, (14,13) o (4,1-11.19). Esto indica siempre el libro del Apocalipsis. Dicho de otro modo sería: Apocalipsis, capítulo 14, versículo 13, o Apocalipsis, capítulo 4, versículo 1, hasta el capítulo 11, versículo 19. Los otros libros de la Biblia serán indicados conforme a sus respectivas señales. Por ejemplo (Ex 19,4) es el libro del Éxodo, capítulo 19, versículo 4.

PRIMER CAPITULO

APOCALIPSIS: UN MENSAJE CONSOLADOR PARA EL PUEBLO PERSEGUIDO DE LAS COMUNIDADES

¿CUANDO FUE ESCRITO EL APOCALIPSIS?

El Apocalipsis fue escrito entre los años 90 y 100. No se sabe el año exacto. Para facilitar las cosas, vamos a decir que fue escrito en el año 95. Era una época de persecución.

Después de la muerte y resurrección de Jesús, el Evangelio se esparció rápidamente. En todas partes surgían pequeñas comunidades. En poco tiempo la Buena Nueva de Jesús traspasó las fronteras de Palestina. Entró en los límites del

Imperio Romano: Asia Menor, Grecia, Italia. No fue un camino fácil. Hubo muchas dificultades y persecuciones, pero el sol brillaba a pesar de todo. El viento era favorable.

Sin embargo, el cielo fue cubriéndose poco a poco de nubes. Una tempestad se avecinaba. La escuela del Imperio Romano enseñaba que el emperador era el Señor del mundo (13,4.14). Y los cristianos decían lo contrario: *“Jesús es el Señor de Señores!”* (17,14; 19,16). ¡Y no era una pelea sólo de palabras! El imperio tenía sus dioses (2,14) y era en nombre de estos falsos dioses, en el que el emperador se declaraba Señor del mundo. Todos debían rendirle culto (13,8-15). Así, ayudado por la religión, el emperador había conseguido un sistema para controlar la vida del pueblo (13,16-17) y para explotar a los pobres, para aumentar el lujo de los grandes (18,3.9.11-19).

Para los cristianos, Dios es uno solo. Y si Dios es uno solo y Padre de todos, ¡entonces todos somos hermanos! Por esto los cristianos procuraban vivir como hermanos en nombre de su fe. Ponían en común sus bienes (Hch 2,44-45; 4,32-34). Decían que todos eran igual (Gál 3,28; 1 Cor 12,13; Col 3,11) Condenaban a los ricos que explotaban a los trabajadores (Sant 5, 1-6). No querían apoyar el sistema injusto del Imperio Romano (18,4).

Por tanto, no era una pelea sólo de palabras, ni una discusión sobre los dioses allá en el cielo. Se trataba también de la organización de la vida del pueblo aquí en la tierra. La nueva organización iniciada y anunciada por los cristianos, amenazaba el sistema del imperio. Tarde que temprano esto iba a traer un conflicto abierto. De hecho, treinta años después de la muerte de Jesús, el emperador Nerón decretó la primera gran persecución. Sucedió en el mes de julio del año 64 y fue el inicio de los males.

Volvió la paz después de Nerón. Pero no era paz. Era solamente un tregua. Todos sabían que el imperio no iba a permitir a las comunidades que crecieran y se expandieran. Las comunidades eran como hormigas. Ponían de cabeza al sistema del imperio desde dentro.

Por eso el emperador Domiciano decretó una nueva persecución alrededor del año 90, esta vez más violenta y mejor organizada. Domiciano torturaba a los cristianos para forzarlos a abandonar su fe.

Por eso al llegar el fin del primer siglo, parecía haber llegado también el fin de la marcha de las comunidades. Las puertas estaban cerradas. Todo el poder del mundo se volvía contra los cristianos. Muchos abandonaban el Evangelio por miedo y se pasaban al lado del imperio.

En la comunidad se decía: “¡Jesús es el Señor!” Pero fuera, el emperador de Roma era quien mandaba realmente como Señor todopoderoso. Y es en este fin del primer siglo, época de persecución, cuando fue escrito el Apocalipsis.



¿PARA QUIÉNES FUE ESCRITO EL APOCALIPSIS?

Juan escribió el Apocalipsis para el pueblo de las pequeñas comunidades esparcidas por el Imperio Romano, sobre todo por Asia Menor (1,4.11). ¿Cuál era la situación de ese pueblo?

Era un pueblo perseguido (1,9). En el momento de escribir el Apocalipsis, el mismo Juan estaba preso por causa de su fe (1,9). La persecución era violenta (12,13.17; 13,7). Había prisioneros (2,10) y muchos ya habían sufrido el martirio (2,13; 6,9-11; 7,13-14; 16,6.17; 18,24; 20,4). Era muy difícil mantener la fe (2,3-4). El control de la policía era total; nadie podía escapar a su vigilancia (13,16). Quien no apoyaba el régimen del imperio, no podía vender ni comprar nada (13,17). La propaganda era enorme (13,13) y se infiltraba en las comunidades (2,14.20). El emperador era presentado como si fuera un nuevo Jesús. Hasta decían que él había resucitado (13,3.12.14). La tierra entera lo adoraba como si fuera un dios y apoyaba su régimen (13,4.12-14).

El pueblo de las comunidades tenía además otras dificultades. Estaba el cansancio natural después de tantos años de caminar (2,2). Había bajado el entusiasmo del primer fervor (2,4). Estaban los falsos

líderes que se presentaban como apóstoles y no lo eran (2,2). Corrían doctrinas equivocadas que traían confusión (2,6.15); las persecuciones por parte de los judíos (2,9; 3,9); el problema de otras religiones que se mezclaban con la fe en Jesús (2,14-15.20). Algunas comunidades se estaban muriendo (3,1); otras, aunque debilitadas, continuaban firmes en la fe (3,8). En general era gente pobre y hasta indigente (2,9). Las comunidades más ricas se acomodaban engañadas por su riqueza (3,16-17). ¡No eran ni frías, ni calientes! (3,15).

Es para este pueblo de las pequeñas comunidades, para quien Juan escribe su libro. Como hoy, también en aquel tiempo eran los débiles y los pobres los que continuaban firmes en la fe y la lucha. Había quienes confundían las cosas, sin entender su sentido correcto. ¡Todos perseguidos!

¡Todos necesitados de una palabra de luz, de aliento, de coraje! En aquel tiempo eran otros los nombres. Hoy ellos se llaman María José, Antonio y Raimundo...

¿QUIÉN ESCRIBIÓ EL APOCALIPSIS?

El autor del Apocalipsis no firmó su libro, ni puso fecha. Poco sabemos de su vida, pero dejó algunas informaciones. Él se presenta así: *“Yo, Juan, hermano de ustedes, con quienes comparto las pruebas, el reino y la perseverancia en Jesús, me encontraba en la Isla de Patmos a causa de la Palabra de Dios y por haber dado testimonio de Jesús”* (1,9).

Su nombre es Juan. No muestra ningún título, ni de obispo, ni de padre, ni de evangelista, ni de apóstol. El título que vale para él es: *“Hermano y compañero en la tribulación”* (1,9). El mismo es un perseguido por causa de su fe. Sufre lo mismo que los otros. Conoce por dentro el drama de los compañeros y por esto, está en condiciones de animarlos.

Juan tiene conciencia de ser el portador de una profecía de parte de Dios para el pueblo de las comunidades (1,1-3; 22,6-8). Se presenta con autoridad y pide obediencia (22,18-19). Su autoridad viene de la palabra de Dios (1,2). El mismo encarnó esta palabra en su propia vida (10,8-11) y por eso tiene autoridad para hablar.

Parece ser que Juan era el coordinador general de las comunidades del Asia Menor, pues para ellas envía su libro (1,14.11). Además de eso, está bien compenetrado de la situación, y de los problemas de cada una de las siete comunidades, como lo demuestra en las siete cartas (2,1-3.22). A pesar de su autoridad, Juan parece haber sido un persona humilde, que no tenía miedo ni vergüenza de confesar lo que no sabía (5,4; 7,13-14).

Juan no escribe para todos indistintamente. El escribe para los *“hermanos y compañeros”* perseguidos (1,9). A primera vista él sólo se dirige a los hermanos perseguidos de las *“siete comunidades que están en el Asia”* (1,4.11). Pero muchas veces el número siete significa todos en el Apocalipsis. Y así, escribiendo para aquellas siete comunidades, Juan quiere orientar y animar a todas las comunidades, inclusive a las de hoy en día.

¿QUÉ ES LO QUE EL APOCALIPSIS TIENE QUE DECIR AL PUEBLO DE LAS COMUNIDADES?

Apocalipsis es palabra que viene del griego y quiere decir revelación. Revelación es lo mismo que quitar el velo, develar. Cuando una cosa está cubierta por un velo, nadie puede verla. ¿Cuál es ese asunto encubierto del cual Juan va a levantar el velo para mostrarlo al pueblo?

El asunto encubierto era la propia situación del pueblo de las comunidades. Nadie observaba clara y correctamente las cosas. Ya no entendían la persecución. El pueblo estaba impaciente y decía: “*¿Hasta cuándo, Señor?*” (6,10). Si Dios era el dueño del mundo, ¿cómo permitía él esa persecución tan prolongada? Dios parecía haber perdido el control de la situación: ¡el emperador de Roma era el que realmente mandaba en el mundo!

Ahora bien, el Apocalipsis es la respuesta de Dios al pueblo afligido y perseguido de las comunidades. Fue escrito por orden de Dios (1,11.19), para ser revelación. Esto es, para levantar el velo y esclarecer la situación del pueblo con la luz de la fe. El libro comienza con estas palabras solemnes: “*Revelación de Jesucristo*” (1,1).

Por medio de esta “revelación de Jesús” que es transmitida por Juan, Dios va a quitar el velo y revelar al pueblo su plan de salvación, etapa por etapa. Va a “*mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder muy pronto*” (1,1). Va a dar luz al pueblo y a desenmascarar las falsas propagandas del imperio.

Las cosas que Dios realiza para su pueblo, “*tanto las cosas presentes, como las que deberán suceder después de éstas*” (1,19), se dan en los mismos acontecimientos de la vida. Pero el pueblo no se daba cuenta y por eso se encontraba impaciente, triste. Para poder percibir la acción de Dios dentro de la vida no basta que Juan levante el velo. Es necesario que el pueblo colabore escuchando y practicando la palabra de Dios que Juan le transmite. Así reencontrará la alegría. “*¡Feliz el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía, si practican lo que en ella está escrito, pues el tiempo está cerca!*” (1,3).

Esta es la Buena Nueva que el Apocalipsis quiere revelar al pueblo de las comunidades: “*¡El tiempo está ya cerca!*” (1,3). Dentro del tiempo de la historia marcado por las persecuciones, existe el tiempo de Dios, la hora de Dios, el plan de Dios. Este plan entró en su fase final. Se agotó el plazo. ¡Dios está por llegar! El Apocalipsis va levantando el velo para que el pueblo descubra dentro de los acontecimientos de la persecución, la Buena Nueva de la llegada de Dios, que viene para liberarlo.



SEGUNDO CAPÍTULO

QUITAR EL VELO DE LOS ACONTECIMIENTOS Y ANUNCIAR LA BUENA NUEVA DE JESÚS AL PUEBLO OPRIMIDO

LAS DIFERENTES MANERAS DE ANUNCIAR LA BUENA NUEVA DE JESÚS

Hoy en día existen varias maneras o formas de transmitir un mensaje. Se puede usar la forma de historietas populares, o de tiras cómicas. También se usa la forma de un canto, sea una polca o una canción religiosa. También temas escritos, o círculos bíblicos. La elección depende del caso, o del estilo personal. Depende también de la situación del pueblo al que se dirige. ¡Depende de tantas cosas!

Así también, en tiempo de los primeros cristianos había varias formas de transmitir la Buena Nueva de Jesús. Existía el método utilizado por los cuatro evangelistas, o el estilo en forma de historia usado por Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

Existía otra forma de comunicar el mensaje, el usado por San Pablo, la carta. Otros utilizaban los cantos: María (Lc 1,46-56),o Zacarías (Lc 1,67-79). Había también otra manera: en forma de Apocalipsis

El Apocalipsis era un forma inventada para anunciar la Buena Nueva en época de persecución y de cambio. Había muchos Apocalipsis en aquellos tiempos, como también muchos evangelios, muchas historias y muchas cartas. pero no todo entró en el Nuevo Testamento. Por disposición del Espíritu Santo, manifestado a través del acuerdo común de las comunidades, sólo entraron cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Se eliminaron los otros. Sólo entró una historia, la de los Hechos de los Apóstoles. Sólo entraron 21 cartas: 14 de Pablo, 3 de Juan, 2 de Pedro, 1 de Santiago y 1 de Judas. Las otras, como por ejemplo las de Ignacio, quedaron fuera. Y sólo entró un único Apocalipsis, el de Juan. Los otros se descartaron.

¿CÓMO ANUNCIA EL APOCALIPSIS LA BUENA NUEVA DE JESÚS?

El Apocalipsis es, ante todo, un mensaje de consuelo y de esperanza para un pueblo en crisis, amenazado en su fe a causa de los cambios y de las persecuciones. El Apocalipsis quiere ayudar al pueblo a encontrarse nuevamente con Dios, consigo mismo y con su misión. Quiere animarlo a no desistir de la lucha y quiere armarlo mejor para el combate.

Por esto, ¡cualquiera interpretación del Apocalipsis hecha para meter miedo al pueblo, o para aumentar su desánimo, debe ser considerada como errada y falsa! ¡Sería lo mismo que el usar al sol para mojar, o al agua para secar!

1. ¿Cómo enfrenta el Apocalipsis la crisis de fe del pueblo de las comunidades?

La crisis de fe tenía dos causas. La causa externa era el conjunto de sucesos de la persecución y los cambios en la sociedad. La causa interna era la falta de visión del propio pueblo perseguido. Por tal razón Jesús parecía estar ausente para el pueblo. Dios parecía haber perdido el control de la situación. Los opresores parecían ser los dueños de la historia. Y muchos preguntaban: “¿Será que vale la pena continuar participando en la comunidad?”.

El Apocalipsis enfrenta el problema revelando la otra cara de los acontecimientos, el lado oculto. Ilumina los hechos con la luz de la fe y descubre que:

a) Los acontecimientos no se están escapando de la mano de Dios. A pesar de todas las apariencias en contra, Dios mantiene el control de la situación. Jesús está presente en la realidad de los hechos como Señor todopoderoso de la historia. La historia camina dentro de los planes establecidos por Dios.

b) El poder de los poderosos no pasa de ser un engaño. Parecen ser los dueños del mundo, pero no pasan de ser meros funcionarios de segunda categoría. Aún sin quererlo, o sin saberlo, ellos están contribuyendo a la realización del plan de Dios. El emperador no pasa de ser un pobre infeliz por más que grite y oprima a los cristianos. Su poder está limitado por Dios. ¡¡Su destino será la derrota total!!

Este es el otro lado de los acontecimientos, el lado oculto que sólo ven los ojos de la fe. Son las “cosas que deben pasar muy pronto” (1,1). ¡DEBEN suceder! Nadie va a poder impedir la realización del plan de Dios. ¡Dios es más fuerte!

2. La Buena Nueva que nace de los sucesos cuando son leídos a la luz de la fe

Levantando el velo, Juan hace aparecer ante los ojos del pueblo la Buena Nueva que estaba ahí, dentro de los acontecimientos y que el pueblo no veía. La Buena Nueva es esta: ¡Dios es el Señor de la historia! El entregó todo su poder a Jesús. Ahora, ¡Jesús conduce a su pueblo hacia la victoria final! Nadie, por más fuerte que sea, conseguirá cambiar el rumbo del plan de Dios. Los opresores del pueblo ya van a ser derrotados y condenados, ¡todos! La resurrección de Jesús es la prueba que garantiza todo esto.

Por medio de este anuncio fuerte y vigoroso, el Apocalipsis cambia de lugar el peso de la balanza de la vida. Disminuye la carga de la persecución que pesaba en un lado. Fortalece el peso de la fe del otro lado. Y el pueblo se equilibra de nuevo en la vida. Ahora ya no es la persecución la que debilita la fe, sino que es la fe renovada e iluminada por la comprensión real de los sucesos, la que debilita el poder de los poderosos. El rostro de Dios reaparece en la vida. El pueblo agradece, estalla en cánticos de alegría y se dispone a resistir. Entona ya mismo el “canto nuevo” de victoria como Miryam, hermana de Moisés, después de la travesía del Mar Rojo (Ex 15,20-21).

LA BUENA NUEVA DEL APOCALIPSIS:

UNA MÚSICA CANTADA A TRES VOCES DIFERENTES

Ya debes haber notado la diferencia entre el primero y el segundo capítulo de este libro. En el primero señalé muchos textos para que tú pudieras verificar en el mismo Apocalipsis las cosas que yo afirmaba. Hasta ahora en este segundo capítulo no he señalado casi ningún texto del Apocalipsis. ¿Y sabes por qué? Porque la Buena Nueva de Jesús está esparcida por todas las páginas del Apocalipsis. Es difícil decir: “¡Ella está en éste o en aquel texto!”. La Buena Nueva está en el corazón, en los ojos y en la mano de Juan y, por eso, acabó por desparramarse en todos los textos.

También tú colocas la Buena Nueva de Jesús en tu corazón, en tus ojos y en tus manos y podrás reencontrarla en todos los textos. En ellos se aclara el Apocalipsis desde dentro. La Buena Nueva es como el lecho de un río que se ve cuando el agua está limpia y cristalina. En el Apocalipsis, el lecho de la Buena Nueva se ve en todas partes.

La Buena Nueva en el Apocalipsis es siempre la misma, pero es visto de tres diferentes maneras en

las tres partes que componen el libro:

1. La carta para las siete comunidades (1,1-3,22)

Presenta la Buena Nueva de Jesús como *exigencia de fidelidad y de compromiso*. Escrita por orden de Dios (1,11), esta carta comienza con una introducción bastante larga (1,4-20) que sirve de introducción a todo el libro del Apocalipsis. Enseguida siguen siete pequeñas cartas para las siete comunidades (2,1,3,22).

2. La primera lectura de los acontecimientos de la persecución (4,1-11,19)

Presenta la Buena Nueva de Jesús como *anuncio de liberación para el pueblo oprimido*. La caminata de las comunidades es vista como un nuevo éxodo; Dios está liberando nuevamente a su pueblo de las garras del faraón. Algunos hallan que esta primera reflexión sobre la persecución ya había sido hecha en tiempos del emperador Nerón, esto es, en el año 64.

3. La segunda lectura de los acontecimientos de la persecución (12,1-22,21)

Presenta la Buena Nueva de Jesús como *juicio y condenación de los opresores del pueblo*. La historia de la humanidad es vista como un juicio de Dios. Esta segunda reflexión es muchos más concreta que la primera. Todo indica que fue hecha en tiempos del emperador Domiciano, esto es, hacia el año 95. Estas tres formas diferentes de presentar la misma Buena Nueva, son como tres hilos trenzados que, juntos, forman la cuerda del Apocalipsis. Cuerda fuerte, capaz de sustentar la fe del pueblo de las comunidades y de amarrar a sus opresores durante mil años (20,1-3). Son como una única melodía, cantada a tres voces diferentes.



¿CÓMO SE QUITA EL VELO DE UN HECHO?

Quien transmite un mensaje en forma de verso corto, debe conocer el ritmo de la poesía del pueblo. Quien anuncia una noticia en forma de tiras cómicas, debe saber dibujar. Y quien anunciaba la Buena Nueva de Jesús en forma de un Apocalipsis, ¿qué es lo que debía saber? ¿Cuál era el instrumento que debía usar? ¿Qué hacía en concreto para quitar el velo de un hecho y revelar dentro de éste la presencia de la Buena Nueva?

Sobre todo, hacía dos cosas:

1. Expresaba todo por medio de visiones y de símbolos.

Este es el aspecto que a nosotros nos causa hoy más dificultades. Juan no usa un lenguaje común. Se expresa por medio de visiones extrañas, llenas de símbolos. Mucha gente deja de leer el Apocalipsis porque no entiende nada de esas visiones que aparecen en todas sus páginas.

2. Dividía la historia en etapas y presentaba como profecía lo que ya pertenecía al pasado. A veces la gente no sabe si Juan está hablando del pasado, del presente, o del futuro. Además de eso, no queda claro si aquellas etapas son etapas reales de la historia del pueblo de las comunidades o si tienen otro significado.

En los próximos capítulos vamos a ver muy de cerca cómo usó juntos estos dos instrumentos en el libro del Apocalipsis. Es la parte más difícil, pero es aquí donde está escondida la llave que nos abre la puerta principal del Apocalipsis. Busquémosla.

TERCER CAPÍTULO **“¡LAS VISIONES SE ACLARAN! ¡LAS VISIONES SE ACLARAN!”**

Sucedió un domingo, en un “*día del Señor*” (1,10). Juan estaba en la Isla de Patmos, prisionero por causa de su fe (1,9). Ahí tuvo una visión. Él dice: “*El día del Señor fui movido por el Espíritu y oí detrás de mí una voz fuerte, como una tormenta, ordenando: Escribe lo que ves en un libro, envíalo a las siete comunidades*” (1,10-11). Enseguida Jesús aparece (1,12-28) y repite la orden: “*Escribe lo que viste: tanto las cosas presentes, como las que deberán suceder después de éstas*” (1,19). Juan obedeció la orden de Jesús. El Apocalipsis es el resultado de su obediencia. Es la descripción de las visiones que él tuvo (2,8).

Juan vio cosas extrañas: animales con seis alas, cubiertos de ojos alrededor y por dentro (4,8); un cordero con siete cuernos y siete ojos (5,6); caballos con cabeza de león y cola venenosa (9,17.19); una bestia con siete cabezas y diez cuernos (13,1), cuyo número es 666 (13,18); una ciudad que baja del cielo (21,2); y así sucesivamente. Juan llena el Apocalipsis de números: 3, 4, 10, 1000 y sus combinaciones: 7 (3 + 4), 12 (3 veces 4), 40 (4 veces 10), 144.000 (12 x 12 x 1000), 3 y medio (mitad de 7).

¡Es otro mundo! Extraño, irreal, diferente de nuestro mundo. ¿Cómo es que unas visiones tan extrañas pueden ser instrumento para ayudar a esclarecer la situación del pueblo? ¿Qué será lo que Juan pretendía conseguir con esas visiones? Vamos a dar cinco respuestas. Tal vez tú puedas encontrar otras respuestas más leyendo el Apocalipsis.

¿POR QUÉ JUAN EXPRESA TODO LO MEJOR POR MEDIO DE VISIONES Y SÍMBOLOS?

Primera respuesta: *Para traer consuelo y valentía en la lucha.*

Si alguien pregunta: “¿Quién es Jesús?”, tú contestas con una frase diciendo: “Jesús es el Hijo de Dios, Mesías, Sacerdote, Juez, Señor de la historia, presente en la comunidad, vivo para siempre”. Juan responde la misma cosa con un visión y dice:

“Me volví para ver qué voz era la que me hablaba; al volverme vi siete candelabros de oro y en medio de los candelabros vi a uno que es como Hijo de Hombre, con un vestido que le llegaba hasta los pies y un cinturón de oro a la altura del pecho. Su cabeza y sus cabellos son blancos, como la lana blanca, como la nieve y sus ojos parecen llamas de fuego. Sus pies son semejantes a bronce pulido, cuando está en horno caliente. Su voz es como estruendo de grandes olas. En su mano derecha tiene siete estrellas y de su boca sale un espada de doble y agudo filo. Su cara es como el sol

cuando brilla con toda su fuerza. Al verlo caí como muerto a sus pies; pero me tocó con la mano derecha y me dijo: 'No temas nada, soy Yo, el Primero y el Ultimo. Yo soy el que vive; estuve muerto y de nuevo soy el que vive por los siglos de los siglos y tengo en mi mano las llaves de la muerte y del infierno'" (1,12-18).

Las dos respuestas, la frase y la visión, dicen una misma cosa, pero de manera diferente. En la frase eres tú el que habla sobre Jesús; en la visión es el mismo Jesús quien se presenta. En la frase Jesús aparece sin movimiento dentro de un discurso; en la visión él aparece actuando. La frase da una definición; la visión pinta un cuadro. La frase define las márgenes del río de la doctrina; la visión cuenta una experiencia que alimenta la fuente del mismo río. La frase apela a la inteligencia; la visión envuelve también al corazón, al sentimiento y a la imaginación. La frase trae entendimiento; la visión comunica fuerza y valentía. En la frase tú dices una gran verdad; en la visión Juan anunció la Buena Nueva de Jesús.

Leyendo u oyendo la visión que Juan tuvo de Jesús (1,12-18) tal vez no logremos entender el significado de todos los detalles: túnica larga, cinturón de oro, ojos de fuego, pies de bronce, espada saliendo de la boca, etc. Pero aun sin entender, la gente siente y adivina algo. Es como lo que sucede con una música linda: a todos les gusta oírla y se sienten bien, pero muy poca gente entiende la música. La música no está hecha para los que la entienden, sino para los que gustan de oírla.

Las visiones son como el niño que pasea con su padre. El niño no entiende nada de fuerza y protección, pero siente la fuerza y la protección del padre. Por ello va tranquilo, sin miedo, a su lado. Ahora bien, las visiones no dicen qué es la fuerza y la protección. Pero hacen que el pueblo sienta la fuerza y la protección de Jesús caminando con él a su lado. Doña María José decía: “Entender, no entiendo. Mi entendimiento es débil. Pero, ¡me gusta mucho! Me da consuelo y ánimo para la lucha”.

Segunda respuesta: *Para transformar la nostalgia en esperanza*

Las visiones del Apocalipsis están llenas de imágenes y de símbolos del Antiguo Testamento. Sobre todo de los libros de Ezequiel, Isaías, Daniel y Zacarías. Toda la historia es recordada. A veces por una única palabra: la creación (3,14; 4,11,21,1); el paraíso (2,7; 21,4; 22,3); el árbol de la vida (2,7; 22,2) la mujer y la serpiente (12,1-4); el arco iris después del diluvio (4,3); la salida de Egipto (7,14); el cordero de Pascua (5,6); las plagas de Egipto (8,6-12; 16,1-21); el canto nuevo de victoria (5,9; 14,3; 15,3); las doce tribus (21,12); su empadronamiento (7,1-8); la caminata por el desierto (7,16-17; 12,6.14); el maná (2,17); la alianza (21,3.7); Moisés y Elías (11,3-6); Judá (5,5); David (5,5); Jerusalén (3,12; 21,9-13); el Monte Sión (14,1); Jezabel (2,20); Balaán (2,14); el templo (3,12; 7,15; 11,1; 21,22); las grandes promesas (10,7); la caída de Babilonia (14,8; 18,2.10); la salida del cautiverio (18,4); el nacimiento del Mesías (12,5).

Además de recordar los acontecimientos y las personas del Antiguo Testamento, Juan presta del Antiguo Testamento las palabras y las frases para poder expresar su propio pensamiento. De todos los libros del Nuevo Testamento, el Apocalipsis es el que más usa el Antiguo Testamento. ¡Más de 400 veces! En cierta forma, las visiones no son nada más que construcciones nuevas, hechas con viejos ladrillos del Antiguo Testamento. Y, ¿cuál es el sentido de todo esto? ¿Por qué las visiones recorren tanto el Antiguo Testamento?

El pueblo de las comunidades conocía el Antiguo Testamento. Bastaba que alguien lanzara en voz alta una palabra, y el pueblo ya se acordaba de toda la frase. El Antiguo Testamento era su pasado.

¡Un lindo pasado! Donde Dios había manifestado con grandes milagros su presencia. Pero ellos recordaban el pasado sólo para mantener la nostalgia, como muro de lamentaciones: “Antiguamente sí. ¡Pero hoy...! ¡Dios no aparece más!”. Morían de hambre con el pan del pasado en la mano, pensando que era una esponja para enjugar las lágrimas.

Ahora bien, las visiones rellenas de frases y recuerdos del Antiguo Testamento, ¿qué hacen? Hacen descubrir al pueblo que el pasado no es esponja para enjugar sus lágrimas, sino que es el pan mismo, pan para comer; ¡pan que hace renacer al hombre! Las visiones presentan el pasado como un espejo. ¡Es como si estuviera sucediendo ahora! Así, poquito a poco, la energía del pasado va despertando dentro del pueblo. El velo va cayendo y el camino se ilumina. El pueblo recupera la memoria perdida y descubre la Buena Nueva dentro de los acontecimientos: ¡Dios continúa actuando! Es el mismo Dios de la antigüedad. El no cambió: como era allá, es ahora acá. ¡Él está con nosotros! “¡Él era, es y viene!” (1,4,8; 4,8). De este modo, la nostalgia se transforma en esperanza.



Tercera respuesta: *Para comunicar al pueblo algo de la paz de Dios.*

Alguien puede decir: “No me gusta el Apocalipsis. No queda espacio en él para que pueda actuar el pueblo. ¡Dios lo hace todo! El pueblo se queda sin posibilidades para luchar, pues deja todo en manos de Dios!”. De hecho, mucha gente no comprometida se apoya en el Apocalipsis para no tener que entrar en la lucha. Pero eso no vale para el pueblo de las comunidades del Asia, que ya estaba luchando desde hacía muchos años. El problema de ellos no era encontrar una manera para no tener que entrar en la lucha, sino encontrar una manera para no desanimarse en la lucha.

Juan encontró esta manera. Las visiones transportan e introducen al pueblo dentro del cielo (4,2-11) y comunican algo de la paz con la que Dios, allá en lo alto, sereno y firme, dirige la lucha contra la injusticia y la opresión (11,14-18; 12,10-11). Los soldados del ejército del Cordero estaban perdidos en el frente de batalla (6,10). Por medio de las visiones, Juan nos lleva hasta el cuartel general del Cordero que lidera la batalla (14,1-15; 17,14; 7,9-17). Allá en lo alto del cielo, en el centro de operaciones, ellos contemplan la lucha con los ojos de Dios. Descubren que la lucha ya está ganando, a pesar de ser difícil (14,9-12; 17,14). ¡Por esto vuelven a la lucha muy animados, con sabor anticipado de victoria! Así, por medio de las visiones, el árbol de la comunidad afianza su raíz en el terreno de Dios y la tempestad de las persecuciones ya no consigue arrancarlo.

Cuarta respuesta: *Para defenderse contra los opresores del pueblo.*

En tiempo de persecución todo cuidado es poco. Quien habla demasiado corre el peligro de denunciar al hermano. Quien tiene algo para comunicar, lo hace de tal manera que sólo los compañeros de lucha lo entiendan; los otros no (14,3). Decir abiertamente que el Imperio Romano era el gran enemigo a ser combatido, podía llevar a la prisión. Juan encontró el modo.

Él dice: “*¡Aquí se necesita el discernimiento!*”. Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia, pues es la cifra de un hombre. “*Su cifra es 666*” (13,18). De acuerdo con el número de cada letra, el lector calculaba y descubría el mensaje por sí mismo: ¡la Bestia es el emperador de Roma! ¡Raimundo no tiene razón! De acuerdo al Apocalipsis, la bestia no es el Papa de Roma, sino el emperador romano que perseguía a los cristianos y que había mandado matar a San Pedro, el primer Papa.

NOTA: Esto nos hace ver que la apariencia es engañadora; atrás de ella se pueden esconder engaños y proyectos malos. Hay que ser más astutos para no ser engañados por falsos profetas, que no buscan el bien del pueblo. Un criterio: sólo en las obras, no en las palabras, se conoce a los verdaderos profetas.

Juan explica de la misma manera el misterio de la gran prostituta, sentada sobre una bestia con siete cabezas (17,3). Él dice: “*Aquí es preciso tener inteligencia para poder discernir: las siete cabezas son siete colinas sobre las cuales la mujer está sentada*” (17,9). ¡Para el buen entendedor, bastan unas pocas palabras! Todos sabía que la ciudad de Roma, sede del imperio, estaba construida sobre siete colinas.

Las visiones con sus símbolos, son un medio para instruir al pueblo y también para defender al pueblo de sus opresores. Ellas revelan su mensaje a los oprimidos y lo esconden a los opresores. ¡Dios ordena ser bueno, pero no ser bobo!

Quinta respuesta: *Para hacerse entender por el pueblo de las comunidades.*

Un cuadro con dibujos transmite mucho más que sólo las palabras. Una dramatización es más instructiva que un sermón. Una imagen dice mucho más que una frase. Para expresarse, el pueblo prefiere usar dibujos, teatro, imágenes, carteles y comparaciones.

Lo mismo vale para el Apocalipsis. El Apocalipsis no es una sala de conferencias donde el pueblo entra para escuchar sentado, a alguien que habla. Se parece más a un salón enorme, lleno de imágenes y retratos, de pinturas y cuadros, colgados todos en las paredes de sus páginas. El pueblo de las comunidades puede entrar y andar por ahí, observando, conversando, rezando. Puede mirar los cuadros en el orden en el que Juan los colocó, pero no es necesario. Puede elegir a voluntad y andar por donde quiera. Pues cada pintura, cada visión, tiene su propio mensaje.

Siguiendo sin embargo el orden en el que Juan colocó sus visiones, tú aprovechas más. Poco a poco vas percibiendo el mensaje de conjunto. Ahí, un cuadro ayuda a comprender a otro cuadro y así, el todo se ilumina. La luz del conjunto cae, a su vez, sobre los detalles y los ilumina. Más adelante vamos a intentar descubrir el orden en el que Juan colocó las visiones dentro del Apocalipsis.

LAS VISIONES DEL APOCALIPSIS NO CONOCEN EL TÉRMINO MEDIO

En las visiones del Apocalipsis todo o es claro o es oscuro. O es bueno o es malo. No hay término medio. ¡Sólo contraste! Por un lado el dragón y la bestia (13,1-18); por otro, el Cordero y su ejército (14,1-5). Por un lado Roma, la gran prostituta; por otro Jerusalén, la novia del Cordero (21,1-22,5). Y así sucesivamente.

Juan sabe muy bien que las cosas no son así en la vida. Sabe que el bien y el mal conviven mezclados en la vida de las comunidades (2,1-3,22). Sabe que el Imperio Romano tiene muchas cosas buenas. ¿Por qué entonces en las visiones habla como si de un lado sólo hubiese cosas buenas y del otro sólo cosas malas?

1. La situación política era confusa

En los Hechos de los Apóstoles, Lucas había presentado al Imperio Romano de manera atractiva a los cristianos (Hch 13,7; 18,12-15; 19,33-40; 25,13-27). Además de eso, Paulo había escrito a los cristianos de Roma que ellos debían obedecer a la autoridad constituida (Rom. 13,1). “*De modo que el que se rebela contra la autoridad se opone al orden establecido por Dios*” (Rom. 13,2). Pero la situación había cambiado. Ahora esa misma autoridad constituida estaba persiguiendo a los cristianos (13,7). Llegó hasta infiltrarse en las comunidades para forzar a las gentes a adorar a los falsos dioses del imperio (2,14.20).

¿Qué hacer? ¿Quién era el culpable de esa nueva situación? ¿El imperio en sí, o sólo algunos malos funcionarios del imperio? Las cosas no estaban claras. Había varias opiniones. Debía haber mucha discusión y hasta peleas en las comunidades en torno a este asunto político.



2. La luz que aporta el Apocalipsis

Juan da su opinión bien clara. Para él, el culpable no son algunos malos funcionarios del imperio, sino el imperio en sí: su organización económica-política y su pretensión de ser el Señor del mundo (13,1-18). Por eso Juan condena al Imperio Romano de cabo a rabo. ¿Por qué Juan piensa así? Juan aprecia y juzga las cosas a partir del futuro, esto es, a partir de la contribución que ellas están dando para la victoria futura del bien y de la justicia. La victoria ya es segura, garantizada por el poder de Dios (11,17-18; 21,6-8,27; 22,3-5). Aquello que contribuye a la victoria es bueno, viene de Dios. Aquello que impide la victoria viene del diablo.

Ahora bien, el Imperio Romano no estaba contribuyendo a la victoria del bien y de la justicia así

como estaba organizado. ¡Al contrario! Impedía la victoria, pues perseguía a los que querían contribuir con el bien y la justicia. Por eso en la descripción que hace del imperio (13,1-8) y de la ciudad de Roma (17,1-8), Juan no encuentra nada de bueno. ¡Ahí todo es maldad! El imperio es obra de Satanás, del Dragón (13,1-2). La ciudad de Roma, la grandiosa sede del imperio, la capital del mundo, no pasa de ser una gran prostituta que lleva al mundo entero a su perdición (17,1-2).

Y Juan recomienda: los cristianos no pueden ser ingenuos y alimentar un régimen cuya organización está en contra del Evangelio (18,4). No pueden permitir que la falsa propaganda penetre en las comunidades (2,14-20). Al contrario, deben permanecer firmes en la lucha y resistir hasta la muerte (2,10), a pesar de las persecuciones (3,10-11).

Es en esta lucha humilde y penosa del pueblo de las comunidades donde está la semilla de la futura victoria del bien y de la justicia (2,7.11.17.26; 3,5.12.21). Resistiendo a toda costa y sin dejarse desviar, ellos serán el ejército del Cordero que enfrenta al imperio (14,1.4.5.) y lo vencerá (17,14). Es por todo esto que Juan habla en términos blanquinegros. Es para ayudar a los cristianos a percibir con claridad la política del Imperio Romano y a definirse delante de esa situación.

BREVE EXPLICACIÓN DE ALGUNOS SÍMBOLOS

No es tarea de este pequeño libro explicar todas las visiones y todos los símbolos del Apocalipsis. ¡No alcanzaría! Sólo vamos a dar una muestra. Esto ayudará a descubrir el sentido de los otros símbolos. La explicación será breve. Sólo una llave. Sin explicar cómo se hizo la llave, ni cómo funciona. Esto lo descubrirá cada uno por sí mismo.

1. *La mujer embarazada* (12,1-2): es el pueblo de Dios, María, engendrando al Mesías, el Libertador.
2. *Dragón o Monstruo* (12,3-9): es el poder del mal que opera en el mundo, Satanás.
3. *Bestia* (13,1): es el Imperio Romano, el poder que encarna el mal, matones del Dragón.
4. *Bestia con apariencia de cordero y voz de dragón* (13,11): son los falsos profetas que se ponen al servicio del Imperio Romano para legitimarlo delante del pueblo.
5. *Cordero* (14,1): es Jesús, el cordero pascual, cuya sangre produce la liberación del pueblo.
6. *Siete*: totalidad.
7. *Doce*: perfección
8. *Siete cabezas* (12,3): son las siete colinas de la ciudad de Roma (17,9), o siete reyes (17,9-10).
9. *Diez cuernos* (12,3): cuerno es señal de poder o de rey (17,12); diez indica que no es total, mitad entre 7 y 12.
10. *1260 días* (12,6), *42 meses* (11,2), *un tiempo, dos tiempos y medio tiempo* (12,14): es la mitad de 7 años. Indica un tiempo limitado e imperfecto. Dios limita el tiempo del perseguidor.
11. *Alas de águila* (12,14): es la protección con que Dios conduce a su pueblo (Dt 32,11; Ex 19,4).

12. *Pantera, oso, león* (13,2): símbolos de voracidad y de explotación.
13. *144.000 vírgenes* (14,1-4): es el número completo: 12x12 x 1000; doce del Antiguo Testamento y doce del Nuevo Testamento. Son vírgenes, es decir, que nunca anduvieron detrás de las faltos dioses del Imperio Romano.
14. *Babilonia* (14,8; 18,2): es Roma que explota a los pueblos para enriquecerse (18,3.9-13).
15. *Hijo del Hombre* (14,14): imagen de Jesús Mesías, tomada del profeta Daniel (Dan 7,13).
16. *Harmagedón* (16,16): símbolo de derrota de los ejércitos enemigos, sacado de Zac 12,11.
17. *Color blanco* (19,14): símbolo de victoria.
18. *Mil años* (20,2-7): es el tiempo completo entre el fin de la persecución y el fin del mundo.
19. *Lago de fuego* (20,14): símbolo del destino que tendrá todo el que se opone al plan de Dios.
20. *Segunda muerte* (20,14): es la muerte de la propia muerte. Al final sólo va a quedar la vida.
21. *Nueva Jerusalén* (21,2): símbolo del nuevo pueblo de Dios.
22. *Bodas del Cordero* (21,2; 19,9): victoria y fiesta final de la unión de todos con Dios.
23. *Alfa y Omega* (21,6): primera y última letras del alfabeto griego: principio y fin.



SIETE SUGERENCIAS PARA ENTENDER MEJOR LAS VISIONES DEL APOCALIPSIS

1. Para entender bien un cuadro, no basta con mirarlo una sola vez. Hay que retornar siempre y quedarse ahí, mirando, meditando. Y cada vez, tú descubrirás cosas nuevas.
2. Delante de un paisaje bonito no te fijas primero en los detalles. Deja primero que la belleza y la paz del conjunto del paisaje entre en ti. Después, estudia los detalles.
3. Procura descubrir lo que viene del Antiguo Testamento. Ve a verificarlo al mismo Antiguo Testamento. Esto ayuda a descubrir en la visiones la fuerza que viene del pasado del pueblo.

4. Haz una lista de las comparaciones que aparecen en las visiones. Intenta descubrir de dónde fueron sacadas: de la vida, de la historia o de la religión del pueblo. Procura descubrir la fuerza y el sentido de cada comparación, para la vida del pueblo.
5. Compara las visiones con los sueños que tú has tenido o que otros tuvieron. Ambos tienen un sentido oculto, muy importante para la vida.
6. Para los pasajes más difíciles, consulta con alguien, o busca las explicaciones en los pie de página de tu Biblia. Si es posible, consulta algún comentario, o algún diccionario de la Biblia.
7. No te olvides de verificar cómo las visiones correspondían a la situación de persecución en la que se encontraba el pueblo de las comunidades.

CUARTO CAPÍTULO EL VELO SE VA QUITANDO Y EL ROSTRO DE DIOS REAPARECE

El otro instrumento usado por el Apocalipsis para quitar el velo de los acontecimientos es la manera de dividir la historia en etapas y de presentar como futuro lo que ya pertenece al pasado.

DIVIDIR LA HISTORIA EN ETAPAS

Una comparación ayuda a entender este primer punto. Imagina lo siguiente: tú estás de viaje. Hace ya tiempo que el autobús está caminando por la carretera. Afuera está oscuro. Tú no sabes todavía cuánto más va a durar el viaje, ni por dónde estás pasando. Finalmente te preocupas y preguntas: “Chofer, ¿dónde estamos? ¿Falta mucho para llegar a Encarnación?”. El responde: “Ya dejamos atrás Santa Rosa. Pero tuvimos que ir muy despacio a causa del mal tiempo. En un momento más estaremos en Coronel Bogado”. Entonces, tú te tranquilizas y dices: “Todo está correcto. Falta poco para llegar, ¡gracias a Dios!”

El Apocalipsis es como un conductor que ayuda al pueblo de las comunidades a situarse en el largo caminar del plan de Dios, hecho en la oscuridad de las persecuciones. La caminata ya tiene mucho recorrido. Nadie sabe cuánto tiempo va a durar todavía, ni por dónde está pasando. Angustiados, preguntan: “¿Dónde estamos? ¿Vamos a demorar mucho todavía?” (6,10). Juan, el conductor, explica a los cristianos cuántas son las etapas del camino e informa en qué etapa se encuentra la comunidad. ¿Cómo hace esto? La respuesta nos lleva al segundo punto.

PRESENTAR COMO FUTURO LO QUE YA PERTENECE AL PASADO

Las visiones transportan al autor del Apocalipsis al pasado. Al inicio del plan de Dios, o al inicio de alguna etapa importante de ese plan. Estando allá, en el pasado, él mira hacia el futuro y anuncia lo que a va suceder, a partir de aquel momento en adelante. Una parte de ese “futuro” ya pertenece al pasado. Otra parte está apenas sucediendo y otra va a realizarse. Juan describe el itinerario del camino que el pueblo de Dios tendrá que hacer desde el inicio, hasta la victoria final. El Apocalipsis tiene dos itinerarios de este tipo.

Primer itinerario del camino del pueblo (4,1-11,19)

En el año 95, época de la persecución del Domiciano, Juan tiene una visión. Él ve una puerta abierta en el cielo (4,1). Entra y allí dentro ve el trono de Dios (4,2-11). A continuación ve un Cordero con una herida mortal (5,6), que recibe de Dios un libro cerrado con siete sellos (5,7-12). Es el momento de la resurrección de Jesús y de su entrada gloriosa en el cielo a la derecha del Padre. Por tanto, viviendo en el año 95, Juan fue transportado en el espíritu al año 33, al año de la muerte y resurrección de Jesús.

Allá en el pasado, al comienzo de la última etapa del plan de Dios, Juan mira ahora al futuro y *“describe las cosas que deben suceder”* (4,1). Describe el itinerario del camino del pueblo, que va desde el año 33, hasta el fin de la historia. El itinerario está en el libro cerrado con siete sellos (5,1). Los siete sellos son las siete etapas del camino.

Las primeras cuatro etapas (6,1-8) describen cosas que ya sucedieron entre el año 33 y el año 95 y que el pueblo ya conocía. La quinta etapa (6,9-11) describe la persecución que estaba sucediendo en el año 95. En la apertura del quinto sello, Juan dice: *“Vi debajo del altar las vidas de los que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que habían dado de ella”* (6,9). De esta quinta etapa se dice que va a durar sólo *“un poco más de tiempo”* (6,11). La sexta etapa (6,12-7,17) describe las cosas que aún van a suceder entre el año 95 y el fin de los tiempos. La apertura del séptimo sello (8,1-11,19) marcará el fin del camino. Ahí *“ya no habrá más tiempo”* (10,6). ¡Será el final!

Mirando este itinerario, el pueblo perseguido de las comunidades se sitúa en el camino y se tranquiliza: *“Estamos en la quinta etapa. ¡Nuestro camino está de acuerdo con el plan de Dios! ¡Es él quien nos conduce! ¡Falta poco para que lleguemos a la meta! ¡Vamos a resistir!”*
Segundo itinerario del camino del pueblo (12,1-22,21)

El capítulo 12 es un nuevo comienzo. Juan tiene una visión: ve dos signos en el cielo, una mujer embarazada que grita con dolores de parto (12,1-2) y un dragón enorme (12,3-4), que es Satanás, *“la antigua serpiente”* (12,9). Los dos están en lucha (12,4). Es la lucha anunciada por Dios en el Paraíso Terrenal, en el comienzo de la creación (Gen 3,15). El dragón quiere devorar al niño que está por nacer (12,4). Pero el niño, a la hora de nacer, es arrebatado al lado de Dios, en el cielo (12,5) y el dragón es derrotado (12,7-9). Es la victoria de Jesús, que resucita y entra victorioso al cielo (2,10-12). Por lo tanto, viviendo en el año 95, Juan es transportado en espíritu, al mismo tiempo, al comienzo de la creación del mundo y al comienzo de la nueva creación, iniciada por la resurrección de Jesús.

Allá en el pasado, desde lo alto del cielo y al lado de Jesús victorioso, él mira nuevamente hacia el futuro y hace un segundo itinerario para el camino del pueblo perseguido de las comunidades. Primero (12,13-17) describe las cosas que ya sucedieron entre los años 33 y 95. Él explica en esta parte el origen de la persecución que asola a las comunidades. A continuación (13,1-14,5) describe la persecución que estaba sucediendo en el año 95. Por un lado está el Imperio Romano, la bestia, que recibió todo el poder del dragón (13,1-18). Por otra parte está Jesús, el Cordero, que recibió todo el poder de Dios y que tiene un ejército de 144,000 vírgenes (14,1-5). Finalmente (14,6-13), Juan trae el anuncio final de las cosas que van a suceder entre el año 95 y el fin de la historia. Todo lo que sigue después (14,14-22,21) como luego veremos, no es más que la ejecución minuciosa de ese anuncio final que predice la condenación y la derrota total de las fuerzas del mal.

Así, por medio de estos dos itinerarios, Juan va quitando el velo de los acontecimientos de la persecución y revela dentro de ellos la presencia de la Buena Nueva de Jesús. Los itinerarios ofrecen

al pueblo de las comunidades la visión de conjunto del plan de Dios y del camino a través de la historia. Muestran cómo la misma persecución forma parte de ese plan. La persecución es sólo una etapa del camino, necesaria para llegar al final. Leyendo los dos itinerarios, el pueblo mira como en un espejo y descubre allí mismo en qué altura o paso del camino se encuentra. La oscuridad de la persecución se ilumina por dentro, el velo va cayendo y el rostro de Dios reaparece, de nuevo, en la historia del pueblo.



LOS SIETE CONSEJOS QUE JUAN NOS DEJÓ

Antes de que comencemos la lectura del Apocalipsis, capítulo por capítulo, conviene recordar los siete consejos que nos dejó Juan regados en las páginas del Apocalipsis. Son consejos que enseñan cómo debemos de hacer esta lectura.

1. Leer y escuchar en comunidad. Juan dice: *“Feliz el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía”* (1,3). Es uno solo el que lee. Son más de uno los que escuchan. Por tanto, Juan sugiere que la lectura sea hecha en comunidad. Además, él escribe el Apocalipsis para las comunidades (1,4.11).

2. Sin aumentar ni quitar nada: Muchas veces la persona no conoce el texto del Apocalipsis. Nunca lo leyó; sólo oyó hablar de él. Lo conoce adornado o a medias. ¡Eso no vale! Es preciso mirar bien lo que está escrito, sin aumentar ni quitar nada. Juan dice: *“A todo el que oye las palabras de la profecía de este libro, yo declaro: ¡Si alguien aumenta alguna cosa, Dios le aumentará las plagas descritas en este libro! Y si alguien quitara alguna cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios también va a quitarle su parte del árbol de la vida y de la Ciudad Santa, que están escritas en este libro”* (22,18-19).

3. Usar la inteligencia. Juan escribe para el pueblo de las comunidades, que no era un pueblo muy instruido. El cree en la inteligencia del pueblo. Por dos veces pide que las personas usen su inteligencia para descubrir el sentido de las cosas que él escribe (13,18; 17,9). La inteligencia y la sabiduría del pueblo que se reúne en comunidad, mantienen la imaginación dentro de la línea correcta.

4. Tener sed de verdad y de vida. Juan dice: *“¡Que venga el sediento y el que quiera reciba gratuitamente agua de vida!”* (22,17). O sea, el que va a leer el Apocalipsis no se debe dejar llevar por los intereses de nadie. Por el contrario, debe buscar sólo aquella verdad que sirve para mejorar la vida. Ahí, el sediento encontrará el agua de vida de la que Juan habla. De acuerdo con Jesús, el amor a la verdad está en los pequeños. Ellos entienden mejor (Mt 11,25-26).

5. Abrirse a la acción del Espíritu Santo. El Apocalipsis no es una palabra cualquiera. Es una profecía venida del Espíritu Santo (22,6.10.13). Por eso la comunidad debe abrir los oídos para escuchar lo que el Espíritu tiene que decir: *“Quien tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las comunidades”* (2,7.11.29; 3,6.13,22). La inteligencia humana sola no es capaz de entender la palabra de Dios. El Espíritu es un don de Dios que se alcanza únicamente por la oración (Lc 11,13).

6. Hacer que el mensaje se vuelva oración. Juan dice: *“El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Que el que oiga, diga también: ¡Ven!”* (22,17). La esposa es la Iglesia, la comunidad. Animada por el Espíritu, ella reza. Los miembros de la comunidad deben hacer la misma cosa. En la medida en que van “oyendo” y entendiendo el mensaje del Apocalipsis, deben expresarlo en oración. Esto es, deben rezar para que Jesús venga a realizar en ellos el mensaje que han escuchado. Sin su ayuda, nada se hace (Jn 15,5).

7. Practicar la palabra oída. No basta sólo con oír, ni basta sólo con rezar. Tenemos que practicar la palabra. Juan dice: *“Feliz el que practica las palabras de la profecía de este libro”* (22,7). Y aún más: *“Feliz el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía, si practican lo que en ella está escrito”* (1,3). El mensaje de Dios no puede quedarse escondido en el secreto de la conciencia, sino que debe de recorrer el mundo (22,10). Es la práctica de las comunidades la que lo divulga.

LA PUERTA DE ENTRADA AL LIBRO DEL APOCALIPSIS

Finalmente un último consejo. Juan escribió el Apocalipsis en forma de carta. Mandó esta carta a siete pequeñas comunidades perseguidas por el Imperio Romano (1,4.9.11). Ahora bien, la mejor manera para que tú entiendas el mensaje de una carta es que estés en casa del destinatario de esa carta en el momento en el que él la recibe y la lee. Ahí sientes muy de cerca la amistad que une al escritor y al lector de la carta y entiendes mejor el consuelo que ella trae. ¿No es así?

Esto es exactamente lo que Juan quiere. El pide que su carta sea leída en grupo, en la misma comunidad (1,3). Por esto, aquellos siete consejos sólo funcionan si tú lees la carta del Apocalipsis en una casa de las comunidades perseguidas. Esto es, si te colocas al lado de los pobres y de los oprimidos de nuestras comunidades de hoy en día; si sabes entender y defender la causa de los que son perseguidos por la justicia. Esta es la mejor puerta de entrada al libro del Apocalipsis. Los que se quedan del lado de aquellos que oprimen y persiguen al pueblo, no van a poder entender nada del mensaje que Juan tiene hoy para nosotros.

QUINTO CAPÍTULO

**“QUIEN TIENE OÍDOS, OIGA LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LAS COMUNIDADES”.
LA CARTA A LAS SIETE COMUNIDADES (Apocalipsis 1-3)**

LA HISTORIA DE COMO NACIÓ Y CRECIÓ EL LIBRO DEL APOCALIPSIS

Un albañil experimentado es capaz de contar la historia de una casa. El examina la construcción y dice: “La baranda de la entrada fue hecha después. Basta ver los signos en la ventana y en la puerta. La cocina fue agrandada. Vea el piso y aquella viga de concreto allí, en el techo. En el dormitorio de los niños se levantó el tejado, se aumentaron dos paredes y se aprovechó el ángulo vacío que había allí. Al principio sólo había dos cuartitos, una pequeña cocina y un baño”. El albañil sabe, porque entiende de construcciones.

El Apocalipsis es como una casa popular. Creció poco a poco, de acuerdo con las necesidades del pueblo de las comunidades. Algunos albañiles experimentados examinaron las señales en las paredes, en el piso, en el techo y en el tejado del Apocalipsis y concluyeron lo siguiente:

Primero Juan hizo los capítulos 4 hasta el 11. Fue el comienzo. Probablemente en el año 64, época de la persecución de Nerón. Pero la persecución aumentaba y los problemas crecían. Ya no cabían en los capítulos 4 al 11. Era necesario aumentar la casa. El pueblo estaba pidiendo una reflexión más profunda sobre la persecución y sobre la política del Imperio Romano. Para responder a este problema, Juan escribe los capítulos 12 hasta el 22. Esto fue en el año 95, época de la persecución de Domiciano. Finalmente se hizo el pórtico del frente, los capítulos 1 al 3. Arregló el patio de atrás (22,21) y, ¡la casa quedó lista!

Ustedes preguntan: “¿Cómo es que nosotros podemos saber todo esto?” Y yo pregunto: “¿Cómo es que el albañil sabe acerca de las construcciones?”. Pero esta conversación de albañiles no es el asunto de nuestro libro. Son cosas que se discuten en la escuela profesional, en un curso de albañilería.

El pórtico de entrada hace a la casa acogedora. Los capítulos 1 al 3, o sea, la “Carta a las siete comunidades”, sirven como puerta de entrada a todo el libro. Es la percha donde se cuelga el resto. Estos capítulos transforman el Apocalipsis en una carta cariñosa y acogedora, con una dirección precisa. Son el pórtico de entrada del Apocalipsis donde Juan recibía al pueblo perseguido de las comunidades. ¡Vamos a penetrar en ese pórtico!



TÍTULO Y RESUMEN DEL APOCALIPSIS (1,1-3)

El título es “*Revelación de Jesucristo*” (1,1). El resumen (1,1-3) explica el origen de esa revelación: viene de Dios, a través de Jesús (1,1). Explica su valor: es Palabra de Dios, confirmada por Jesús (1,2); su exigencia: debe de ser escuchada y practicada (1,3); su recompensa: la felicidad (1,3); su urgencia: “*¡El tiempo está cercano!*” (1,3).

SALUDO INICIAL (1,4-8)

Juan inicia el libro deseando al pueblo de las comunidades de Asia “*gracia y paz*” de parte de la Santísima Trinidad (1,4). Hoy decimos: “Padre, Hijo, Espíritu Santo”. Juan dice lo mismo, pero de manera diferente. Él dice “*El que era, que es y que viene, los Siete Espíritus y Cristo Jesús*” (1,4-5). En el nombre uno dice lo que piensa y espera de una persona. Vamos a ver lo que Juan piensa y espera del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

1. El Padre: “*El que era, que es y que viene*”. Al principio, el Padre es llamado “*El que era, que es y que viene*” (1,4,8; 4,8). Al fin de la historia, su nombre es ya: “*El que era y es*” (11,17). Al final él ya no viene más, pues ¡ya vino! Ya realizó su plan. O sea, el Apocalipsis describe la venida de Dios en la historia de su pueblo. No es un Dios distante, fuera de la historia, sino que es un Dios que tiene historia. ¡Tiene pasado, presente y futuro! ¡Era, es y viene! La historia de Dios es la historia de su pueblo ¡Dios está con él, camina con él!

El nombre era, es y viene, recuerda la frase con la que Dios explicó a Moisés el sentido de su nombre. Yavé: “*¡Yo soy el que soy!*” (Ex 3,14). Para Juan, el Dios de las comunidades continúa siendo el mismo Dios que, a la hora de liberar al pueblo de Egipto, cambió de nombre y se dio a conocer presentándose como Yavé, Dios presente, Dios liberador “*¡Este es mi nombre para siempre!*” (Ex 3,15).

2. El Espíritu Santo: “*Los siete espíritus que están delante del trono de Dios*”. Son espíritus, esto es, son la acción invisible de Dios en la vida y en la historia de los hombres. “*El Espíritu del Señor llena el universo*” (Sab 1,7). El número siete representa la plenitud de acción con la que Dios actúa en el mundo para realizar su plan. Están delante de su trono, es decir, están siempre listos para atender a cualquiera orden del Padre (5,6).

3. El Hijo: Cristo Jesús, Testigo fiel, Primogénito de entre los muertos, Rey de reyes. Jesús recibe muchos nombres. Cada nombre revela un aspecto de su rostro. Testigo fiel: Jesús dio la prueba de que Dios es fiel en el cumplimiento de sus promesas. Primogénito de entre los muertos: Jesús, nuestro hermano mayor, venció a la muerte y está vivo (1,18). En él ya está realizada la promesa que el Padre hizo para todos. Rey de los reyes de la tierra: Jesús tiene el poder de realizar la promesa del Padre. Los reyes de la tierra y el emperador de Roma no conseguirán impedirlo. Jesús es más fuerte, está muy por arriba de ellos y los domina.

Este Jesús fuerte, fiel y hermano, nos ama (1,5). Llegó a derramar su sangre para liberarnos (1,5) y hacer de todos nosotros un “*reino de sacerdotes*” (1,6). Él tiene “*el dominio por los siglos de los siglos*” (1,6). Al final de los tiempos, él volverá sobre las nubes. ¡Todos lo verán y se golpearán el pecho! Incluso aquellos que lo clavaron en la cruz (1,7).

Y todo esto es lo que Juan piensa y espera del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. El saludo inicial es un breve resumen de toda la Buena Nueva del Apocalipsis.

EL ORIGEN DEL LIBRO, LA VISIÓN DE JESÚS (1,9-20)

El Apocalipsis nació de una visión que tuvo Juan de Jesús. Juan hasta recuerda el día y el lugar. Fue un domingo, “*un día del Señor*” (1,10), allá en la Isla de Patmos (1,9). Jesús apareció y dijo: “*Escribe en un libro lo que veas y manda ese libro a las siete comunidades*” (1,11). Al final de la visión Jesús repite la misma orden (1,19). Fue una visión importante. Conviene estudiarla más de cerca.

1. Una llave de lectura para entender mejor la visión que Juan tuvo de Jesús. Una visión es como un sueño. No puede ser tomado al pie de la letra, palabra por palabra. ¡Sería imposible y hasta inútil! ¿Cómo entender, por ejemplo, pies de bronce (1,15), rostro como el sol (1,16), una espada saliendo de la boca (1,16)? ¡Juan es más artista que técnico, y más poeta que profesor!

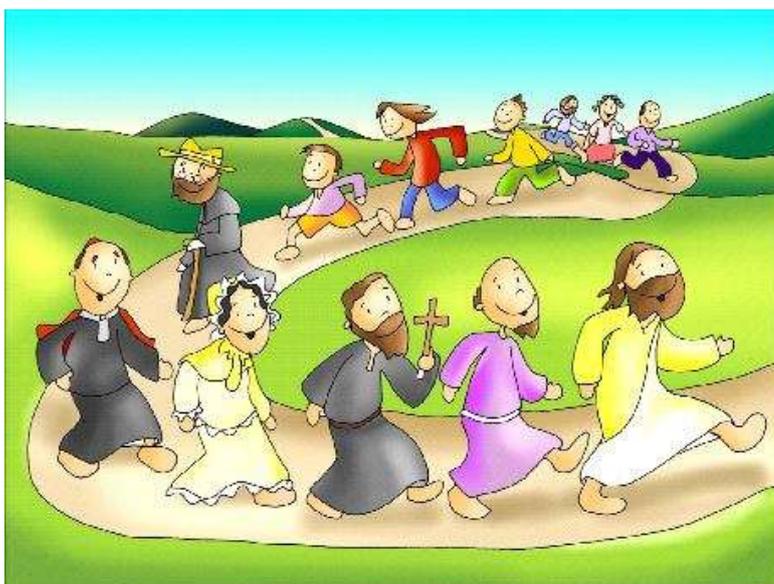
Su visión es fruto de una experiencia. Juan debe de haber tenido una experiencia profunda del poder, del amor y de la santidad de Jesús. Y ahora, por medio de imágenes, trata de comunicar a otros lo mismo que él experimentó. Usa imágenes conocidas, que el pueblo entendía. El pueblo tal vez no llegará a entender todos los detalles, pero adivinará el sentido del conjunto, pues tiene la misma fe en el mismo Cristo Jesús.

Conclusión: el solo estudio no basta para entender las visiones; es necesario tener la misma fe y la misma experiencia de Dios y de Jesús. ¡Las visiones son un verdadero desafío para nosotros!

2. Algunas pistas para entender mejor los detalles de la visión.

Los siete candeleros (1,12) son las siete comunidades (1,20). El hijo del hombre (1,13) es Jesús, el Mesías. La túnica larga (1,13) es signo de su sacerdocio. El cinturón de oro (1,13) nos dice que él es Rey. Los cabellos blancos (1,14) sugieren su eternidad. Los ojos como llamas de fuego (1,14) indican su ciencia divina. Los pies de bronce (1,15) son señal de firmeza y de estabilidad. Su voz fuerte, como el estruendo de aguas torrenciales (1,16), revela majestad y poder. Las siete estrellas en su mano (1,16) son los siete coordinadores o ángeles protectores de las comunidades. La espada que sale de su boca (1,16) es su palabra, que tiene el poder de Dios. Su rostro como el sol (1,16), sugiere autoridad. Al ver a Jesús, Juan cae como muerto a sus pies (1,17). Esto refleja la situación de las comunidades, que tenían miedo a la persecución y a la muerte.

A esta altura de la visión, Jesús comienza a actuar. Coloca su mano derecha sobre Juan (1,17) y dice: *“¡No tengas miedo! Soy Yo, el Primero y el Ultimo! ¡Yo soy el que vive! Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo en mis manos las llaves de la muerte y del infierno!”* (1,17-18). Este gesto y esta frase de Jesús explican mucho más que todo lo que yo antes intenté hacer comprender.



LAS SIETE CARTAS A LAS SIETE COMUNIDADES (2,1 - 3,22)

Son cartas muy pequeñas, sencillas y personales, para las comunidades de Éfeso (2,1-7), Esmirna (2,8-11), Pérgamo (2,12-17), Tiatira (2,18-29), Sardes (3,1-6), Filadelfia (3,7-13), y Laodicea (3,14-22). No vamos a explicar cada carta. Damos sólo algunas informaciones generales para todas las cartas.

1. Las siete divisiones de cada carta. Las siete cartas tienen la misma forma, el mismo estilo. Tienen las mismas siete partes:

- A. Todas ellas son dirigidas al “*ángel de la comunidad*” (2,1.8.12.18; 3.1.7.14).
- B. Todas se presentan como palabra de Jesús: “*Así habla...*” (2,1.8.12.18; 3.1.7.14).
- C. En cada carta Jesús recibe un título (2,1.8.12.18; 3,1.7.14).
- D. En todas las cartas, Jesús comienza diciendo: “*Yo conozco...*” y describe las cualidades positivas de la comunidad (2,2-3.9.13.19; 3,8). La comunidad de Laodicea no tiene nada de positivo; ella no es ni fría ni caliente (3,15).
- E. Jesús describe lo que cada comunidad tiene de negativo y hace advertencias (2,4-6.14-16.20-25; 3,2-3.15-19). Dos comunidades no tienen nada de negativo: Esmirna y Filadelfia. A éstas, Jesús les da consejos de perseverancia (2,10; 3,11). En la comunidad de Sardes, lo negativo es más fuerte que lo positivo (3,4). Por esto, allá se invierte el orden.
- F. Todas ellas tienen la advertencia final: “*¡El que tenga oídos, escuche este mensaje del Espíritu a las comunidades!*” (2,7.11.17.29; 3,6.13.22).
- G. Todas ellas terminan con una promesa al vencedor (2,7.11.17.26-28; 3,5.12.21).

2. Siete sugerencias para la lectura y el estudio de las siete cartas

- A. Conocer la situación de las comunidades. ¿Qué es lo que cada comunidad tiene de positivo y de negativo? ¿Cuál es el punto en que cada una debe de esforzarse más? ¿Cuáles son los peligros que la amenazan? Comparar con la situación de hoy en día.
- B. Enfrentar la situación. ¿Cómo pide Juan que estas comunidades enfrenten la situación? ¿Cuáles son los recursos que cada comunidad dispone para superar sus problemas? Y ¿cómo enfrentamos hoy los problemas?
- C. Alimentarse del Antiguo Testamento. ¿Cuáles son los textos y acontecimientos del Antiguo Testamento que son citados y recordados en cada carta? ¿Cuáles son las fuerzas del pasado que Juan quiere despertar en el pueblo? ¿Qué hacemos hoy para recuperar la memoria y hacer despertar en el pueblo la fuerza de su pasado?
- D. Profundizar la fe en Jesús. ¿Cuáles son los títulos que Jesús recibe en cada carta? ¿Cuál es el sentido y cuál es la fuerza de cada título para la vida del pueblo? Comparar éstos, con los títulos que Jesús recibe hoy en día.
- E. Saborear las imágenes y las comparaciones. ¿Cuáles son las imágenes o comparaciones usadas en cada carta? ¿De dónde fueron sacadas: del Antiguo Testamento, de la vida, de la naturaleza, o de la cultura del pueblo? ¿Cuál es el sentido y la fuerza de cada imagen para la vida? Tan sólo en la “promesa al vencedor”, las siete cartas usan las siguientes imágenes: árbol de vida (2,7), paraíso de Dios (2,7), segunda muerte (2,11), maná escondido (2,17), piedra blanca (2,17), nombre nuevo (2,17; 3,12), cetro de hierro (2,27), vaso de barro (2,27), estrella de la mañana (2,28), vestido blanco (3,5), libro de la vida (3,5), columna en el templo de Dios (3,12), nueva Jerusalén (3,12), sentarse con Jesús en el trono del Padre (3,21). Esta muestra da una idea de la riqueza contenida en las siete cartas.

- F. ¡Animarse con la promesa al vencedor! ¿Cuál es la promesa que cada carta ofrece al vencedor? ¿Cómo ayuda ésta a perseverar en la lucha y a aguantar la persecución? ¿Cuál es la promesa que hoy anima al pueblo en su caminar?
- G. Imitar el ejemplo de Juan. Informarse sobre la situación concreta de las comunidades de hoy que ustedes conocen. De vez en cuando, reúnan a su comunidad y en nombre de Jesús escriban una pequeña carta a una comunidad que esté necesitada de una apoyo en su caminar.



SEXTO CAPÍTULO
“¡SABRÁN QUE YO SOY YAVÉ, SU DIOS Y SU LIBERTADOR!”
PRIMER ITINERARIO DEL CAMINO DEL PUEBLO (Apocalipsis 4 - 11)

Después de la comunicación de las siete cartas, Juan lleva al pueblo de las comunidades al cielo. Allá, desde lo alto, ellos van a mirar a la tierra y presenciar *“las cosas que deben suceder”* (4,1). Van a estar presentes como si estuvieran en un teatro, en el que ellos mismos están actuando. ¡El teatro de la historia humana!

Nosotros también vamos a entrar junto con ellos. Vamos a entrar por la puerta que Juan encontró abierta (4,1). ¡Prepárense a entrar en la morada de Dios! No entren ahí como quien ya sabe todo. Entren más bien para encontrarse con Dios, para adorarle y recibir de él el entendimiento y la valentía que están buscando. Ahora entremos.

LA VISIÓN DEL TRONO DE DIOS (4,1-11)

Entrando al cielo, la primera cosa que se ve es el trono: *“En el cielo había un trono colocado y en el trono Alguien estaba sentado”* (4,2). La visión del trono es el telón de fondo de todo el Apocalipsis, desde el comienzo (1,4), hasta el final (22,3). Esta visión revela la grandeza de Dios. Invisible desde lo alto del trono, Dios dirige la última fase de su plan, que va a iniciarse ahora (4,1).

La visión del trono es como un música tocada con muchos instrumentos. Comienza muy bajito, va aumentando y explota en la exclamación: *“¡Santo, Santo, Santo! ¡Señor! ¡Dios todopoderoso!”* (4,8). El nombre de Dios es proclamado. *“ERA, ES Y VIENE”* (4,8). Es el nombre que viene del Exodo: Yavé, Dios con nosotros, Dios liberador! (Ex 3,14-15). Al iniciar la última fase de su plan de

salvación, Dios mantiene el mismo nombre con el que inició la primera etapa. Y él va a mantener su nombre hasta el final (11,17). ¡Dios no cambió! Y no va a cambiar.

En el nombre Yavé está expresado el compromiso que Dios asumió de estar siempre con su pueblo para liberarlo. Y Dios es fiel al compromiso. Dios dio prueba de ello. El Éxodo fue la primera prueba:

“Ustedes sabrán que Yo soy Yavé” (Ex 6,7). Los hechos que van a ser relatados ahora, serán la última prueba, prueba definitiva de que él es Yavé, Dios liberador.

El nombre Yavé es el armario abierto de la fe, de la esperanza y del amor del pueblo (Ex 34,6-7). El viento de las persecuciones cerró el armario y el pueblo se quedó desprotegido. Juan comenzó a abrirlo de nuevo, para poder ofrecer al pueblo la luz y la fuerza que estaba necesitando.

LA VISION DEL CORDERO HERIDO DE MUERTE (5,1-14)

La visión continúa. En la mano de Dios está un libro cerrado con siete sellos (5,1). Este libro contiene el itinerario de la historia, desde el año 33 hasta el fin. Nadie es capaz de abrir el libro (5,3). Juan llora (5,4). Es la situación de las comunidades. Ellas lloran porque encuentran que Dios ya no controla la historia. Alguien dice: *“No llores. Mira, ha vencido el León de la Tribu de Judá, el Brote de David; el abrirá el libro de los siete sellos”* (5,5). Juan mira, pero no ve ningún león, ni retoño alguno. El ve un Cordero degollado que está de pie (5,6). Es Jesús que acaba de entrar en el cielo, llevando en su cuerpo las señales de la pasión (Jn. 20,27). Jesús recibe el libro de la mano de Dios (5,7) y se convierte así en el Señor de la historia (5,13). Es él quien va a asumir el control de los acontecimientos y ejecutar el plan de Dios.

En el pasado, la sangre del cordero liberó al pueblo de Egipto (Ex 12,13-14) e hizo de él un *“reino de sacerdotes”* (Ex 19,6). Ahora es la sangre de Jesús, el nuevo Cordero, la que está liberando al pueblo, haciendo de él un *“reino de sacerdotes”* (5,9-10). La liberación ya está en camino. ¡El éxodo ya comenzó! Resucitando de la muerte, Jesús recibió todo el poder y asumió el liderazgo (5,12-13). Si el Imperio Romano no quiere reconocerlo, peor para el imperio. Pues va a ser derrotado por el Cordero, (17,14). Y, como en el antiguo éxodo (Ex 15,1-22), también ahora todos estallan en un *“canto nuevo”* de alabanza (5,9.12-14).

Se canta mucho en el Apocalipsis. Juan retoma la letra de muchos himnos y aclamaciones (4,8.11; 5,9-10.12.13; 6.10; 7,10.12), para animar al pueblo perseguido (y a nosotros también) a cantar el mismo canto de victoria y de alegría. El Apocalipsis es una gran celebración, desde el comienzo hasta el fin. Celebra y enseña a celebrar la vida y la lucha del pueblo. Para Juan, la caminata del pueblo de Dios a través de la historia, en la noche oscura de las persecuciones, es como una larga procesión luminosa que sigue cantando a las fuentes de la vida (7,17). Es como si nos pidiese a todos nosotros: *“¡Enciende tu vela tú también! ¡Entra en la procesión del pueblo! ¡Participa en la celebración y canta con nosotros!”*.

Así, poco a poco, va apareciendo ya el orden en que Juan colocó los cuadros en la pared del Apocalipsis. Él va sugiriendo que el éxodo, la liberación, no es un hecho del pasado o algo que se queda en sentida nostalgia. Sino que es una realidad presente, vivida por el pueblo de las comunidades. Sí, Juan comenzó a quitar el velo de los acontecimientos y el pueblo ya está percibiendo en ellos los trazos del rostro de Yavé.

LA APERTURA DE LOS SIETE SELLOS (6,1-17)

La visión continúa. Jesús, el Cordero, rompe los sellos del libro cerrado (6,1) que contiene el itinerario de la historia del pueblo. Conducida por Jesús, la historia comienza a avanzar, sello tras sello, etapa tras etapa, del año 33 en adelante. Juan y el pueblo quedan atentos, asistiendo a todo. Quieren entender el sentido de la persecución que los arrasa.

Cuatro sellos son abiertos (6,1.3.5.7), cuatro etapas pasan. En el quinto sello aparece la persecución del año 95. Aparece el pueblo perseguido que clama por justicia y venganza (6,9-10). Juan y el pueblo se reconocen: “¡Somos nosotros! ¡Es nuestro tiempo! ¡Vamos a ver qué va a pasar!”. Oyen el aviso: “*Aguanten un poco más de tiempo, hasta que se complete el número de sus compañeros y hermanos*” (6,11). La persecución tiene un plazo fijo para terminar. Señal de que Jesús controla la situación.

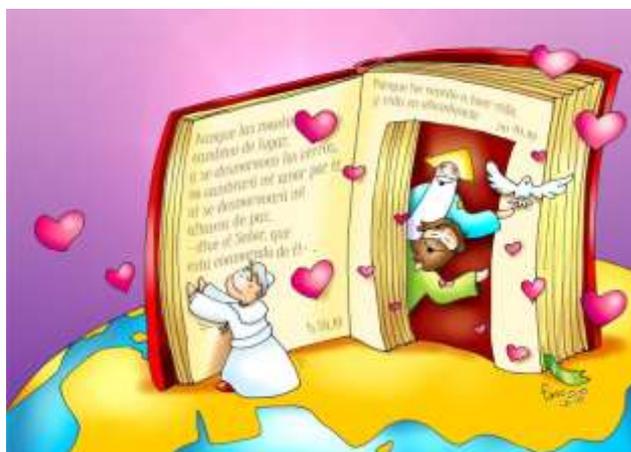
En la apertura del sexto sello (6,12), ellos pasan a contemplar el futuro que vendrá después de la persecución. Este futuro va a dar sentido a la persecución, pues viene a revelar la misión del pueblo perseguido.

La primera cosa que aparece en el sexto sello es una tremenda calamidad (6,12-14). “*Los reyes de la tierra con sus ministros, los generales, los ricos y los poderosos y toda la gente, así esclavos como hombres libres, fueron a esconderse en cavernas*” (6,15). Huyen del miedo y gritan despavoridos:

“*Llegó el gran día de la ira de Dios! ¿Quién va a poder quedarse en pie?*” (6,17).

La situación cambió totalmente. Los que en la quinta etapa todavía dominaban y perseguían, ahora ellos, en la sexta etapa, huyen despavoridos. Y al pueblo de las comunidades, ¿qué va a sucederle en el sexto sello? ¿Va a escapar de la calamidad, va a tener que sufrir todavía más? La respuesta viene enseguida, en las visiones del censo (7,1-8) y de la multitud sin número (7,9-17). Sin embargo, conviene antes explicar el sentido de esta división de la historia en siete etapas.

Los siete sellos del itinerario de la historia abiertos por el Cordero no deben de ser calculados en etapas de meses, años o siglos. Dividiendo toda la historia en siete etapas, Juan quiere enseñar lo siguiente: todo, todos los acontecimientos, todos los pueblos, todas las personas, aun las que se dicen neutrales, aun el emperador con su imperio, queriéndolo o no, todo y todos estamos dentro de la gran lucha entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, entre la libertad y la opresión, entre Dios o Satanás. No existe una gradería para asistir, como desde afuera del campo, al juego de la historia. Todos estamos dentro de la cancha, jugando a favor o en contra del plan de Dios. ¡Sepamos elegir el lado correcto: el lado de la justicia y de la libertad, el lado de Dios y de la victoria! ¡Tú también!



LA MISIÓN DEL PUEBLO DE LAS COMUNIDADES (7,1-17)

1. *El censo en el desierto (7,1-8)*

La visión del sexto sello continúa. Juan cuelga un cuadro más en la pared del Apocalipsis. Un cuadro lindo, traído del pasado, del éxodo. En el pasado, después de la salida de Egipto, hubo un censo de las tribus (Núm 1,20-43). Aquel recuento del pueblo, hecho allá en el desierto, fue el inicio de la nueva organización igualitaria y fraterna del pueblo, de acuerdo con la ley de Dios. Lo opuesto a la organización opresora del Faraón de Egipto.

Ahora bien, en el sexto sello Dios decreta un nuevo censo. Es el censo de los “*siervos de nuestro Dios*” (7,3), que soportaron la persecución sin contaminarse con los falsos dioses del imperio (14,4). Un ángel es enviado para marcarlos (7,3). Todos reciben la marca de Dios, que es señal de protección (9,4). El número de los marcados es 144,000 (7,4). De cada tribu, 12,000 (7,5-8). Ahora el número está completo. Ya no falta nadie más (6,11). De hecho, la situación cambió en el sexto sello, y por completo. Los opresores huyeron despavoridos (6,15-17), y el pueblo que vivía aplastado y disperso (6,9-10), se presenta ahora al mundo en una organización perfecta, unidos entre sí (7,5-8), ¿Cuál es el sentido de todo esto?

2. *La lección del censo.*

Mirando en este espejo de su pasado, el pueblo perseguido de las comunidades descubre su futuro. El sexto sello va a destruir el poder de los grandes con la “*ira de Dios*” (6,17) y va a proteger la vida de los pequeños con la “*marca de Dios*” (7,3). Por eso, los pequeños no deben tener miedo de la calamidad que se abate sobre los grandes (6,12-15), ni del poder que persigue a las comunidades. En vez de gastar energía combatiendo directamente ese poder, deben aplicar su esfuerzo en preparar el futuro, imitando al pueblo del antiguo éxodo. Esto es, ¡deben comenzar a organizarse, desde ya, de manera igualitaria y fraterna, de acuerdo con la Ley de Dios! Pues cuando el poder de los grandes cae en el sexto sello por podrido, destruido a causa de las plagas de la historia (6,15-17), entonces los pequeños deben estar listos para presentarse al mundo, unidos entre sí, en una nueva organización, contraria a la organización opresora del Imperio Romano.

3. *La multitud que nadie podía contar (7,9-17).*

La visión sigue. Juan ve “*una gran multitud que nadie podía contar*” (7,9). Todos vestidos de blanco, con palmas en la mano, delante del trono, alaban a Dios, formando coro con los ángeles del cielo (7,9-12). Juan no sabe quiénes son. Se extraña y pide una explicación (7,13-14). La multitud no viene de las doce tribus ya marcadas con la señal de Dios (7,3-8). Viene de la humanidad entera, “*de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas*” (7,9).

Se trata de los que vienen de la “*gran tribulación*” (7,14), de la persecución del imperio. Lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero (7,14). Como las doce tribus, ellos salieron de Egipto y ahora están como en el desierto, delante del trono de Dios (7,15). Dios extiende sobre ellos su tienda de campaña (7,15) y enjuga todas las lágrimas (7,17). Bajo la protección del Cordero, no pasan hambre ni sed, ni sufren con el calor del sol (7,16). Jesús los conduce a las fuentes de la vida (7,17). Su vida es un servir, alabando a Dios (7,15).

Esto quiere decir que el nuevo éxodo no es sólo de las comunidades, sino que es de la humanidad entera. Las comunidades no pueden pensar que ellas son las únicas que resisten contra el imperio. Ni pueden querer controlar la acción de Dios en el mundo. Yavé, el Dios liberador, no es propiedad de las comunidades. Las comunidades sí son propiedad de Yavé (Ex 19,5). En medio de la humanidad oprimida que lucha y resiste contra la opresión, ellas deben ser un signo de Dios. Por su organización fraterna, nacida de Dios, deben presentarse al mundo como un servicio, como una posible alternativa

para la libertad y para la justicia.

Por eso, mientras dure la persecución del quinto sello, el pueblo de las comunidades debe aguantar firme (2,13.25; 3,11; 6,11). Debe resistir hasta la muerte (2,10). Pues por su resistencia y lucha, ellas preparan el futuro que deberá aparecer a los ojos del mundo en la apertura del sexto sello. ¡Y falta poco tiempo para realizar esta misión! (6,11).



LAS SIETE PLAGAS DEL SÉPTIMO SELLO (8,1 - 10,7)

La visión continúa. El itinerario va siguiendo su curso. El nuevo éxodo progresa y avanza en lo recóndito de la historia, bajo la protección de Yavé. Finalmente el Cordero abre el séptimo sello (8,1). ¡Es el comienzo del fin! Aparecen siete ángeles con siete trompetas (8,2). Son las siete plagas finales de la historia y van a “exterminar a los que exterminaron la tierra” (11,18). Y van también a recompensar a los santos que temen a Dios (11,18).

En medio de una celebración (8,3-5), los siete ángeles se preparan para tocar sus trompetas y lanzar las plagas (8,6). Las cinco primeras plagas son: granizo (6,7), sangre (8,8), aguas amargas (8,11), oscuridad (8,12) y langostas (9,3-7). Son una nueva edición, revisada y aumentada, de las plagas de Egipto (Ex 7,8-10,29). La sexta plaga (9,13-19) viene del libro de la Sabiduría, donde se describe a su modo las plagas de Egipto (Sab 11,15-19).

A pesar de ser severo el castigo, Dios no niega el perdón. El invita a los opresores del pueblo a la conversión. Es por eso que las primeras seis plagas nunca son completas. Destruyen “sólo una tercera parte” (8,7.8-9.10.11.12; 9,18). Dios limita el poder destructor de las plagas (9,4-5). De acuerdo con el libro de la Sabiduría, El “dispone todo con medida, número y peso” (Sab 11,20). El castiga a unos pocos “para que los pecadores se alejen del mal y crean en Ti, Señor” (Sab 12,2). Pero no consiguió nada. Los hombres se obstinaron en seguir a los falsos dioses del imperio (9,20). No abandonaron “el asesinato, la magia, la corrupción y el robo” (9,21). ¡No se convirtieron! (9,21).

Por eso, terminada la sexta plaga del séptimo sello, el ángel de Dios da un grito (10,3) y hace un solemne juramento (10,5-6) diciendo: “¡Ya no habrá más tiempo!” (10,6). Se agotó el plazo del perdón. El tiempo de la conversión terminó. La séptima plaga marcará el fin (10,7). Será la aplicación de la justicia sin apelación. La condenación total del imperio. Al toque de la séptima trompeta, “se habrá cumplido el plan misterioso de Dios” (10,7). Será la llegada definitiva del Reino de Dios (11,15).

LA LLEGADA DEFINITIVA DEL REINO DE DIOS (11,14-19)

Se abre la última página del itinerario de la historia. El séptimo ángel toca la trompeta (11,15). Se oye un grito fuerte: *“Ahora el mundo ha pasado a ser Reino de nuestro Dios, y de su Cristo y él reinará por los siglos de los siglos”* (11,15). Los veinticuatro ancianos, o sea, los representantes de todo el pueblo, se arrodillaron, adoran a Dios y dicen: *“Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso, el que es y que era, por haber empezado a reinar, valiéndote de tu poder invencible”* (11,17).

Es el inicio de la celebración final de la historia. En medio de la aclamación, el Nombre de Dios es proclamado: *“¡El que es y el que era!”* (11,17). Es el mismo nombre que fue proclamado al comienzo de la historia: *“El que era, es y viene!”* (4,8). Sólo que esta vez Dios ya no viene más. ¡El ya vino! La venida de Dios en la historia de los hombres es el nuevo éxodo que acaba de terminar. ¡El fin llegó! ¡Dios probó para siempre que él es Yavé, Dios con nosotros, Dios liberador!

Aquí termina el primer itinerario del camino del pueblo. El itinerario del nuevo éxodo. Esta fue la primera lectura que Juan hizo de los acontecimientos de la persecución.



PASANDO DEL PRIMERO AL SEGUNDO ITINERARIO

Juan supo quitar el velo y revelar, dentro de los acontecimientos, la presencia de la Buena Nueva de Jesús, los trazos del rostro de Dios. Pero el tiempo fue pasando. Llegó la persecución tan dura de Domiciano. La situación del pueblo cambió. El mensaje del primer itinerario ya no bastaba para enfrentar a los nuevos acontecimientos. Era necesaria una lectura más realista y ajustada a la realidad de lo que el pueblo estaba sufriendo.

Para responder al problema del pueblo sufrido y perseguido, Juan hizo el segundo itinerario (12 - 22). Amplió la casa del Apocalipsis para poder cobijar al pueblo y enfrentar la situación. Continúa o alarga el tejado de la séptima plaga (11,14-19), y construye la sala amplia del segundo itinerario, que va del capítulo 12, hasta el 22.

La séptima plaga es la plaga de la *“ira de Dios”* (11,18) contra las naciones que se revelaron. Es la

plaga del “juicio” (11,18), en el que llegó la hora de “recompensar a los siervos de Dios” (11,18) y de “destruir a los que destruían la tierra” (11,18). El segundo itinerario, por así decirlo, es el eco prolongado del trueno que se oye al final de la séptima plaga (11,9). Es el itinerario del juicio y de la condenación de los que persiguen al pueblo de Dios. Con mucha valentía, Juan se coloca delante del emperador de Roma y, en nombre del pueblo perseguido, lo desafía y dice: “A pesar tuyo, mañana será un día distinto”.

Para unir los dos itinerarios en un único libro, Juan hizo dos pequeñas modificaciones en las paredes del primer itinerario. Aumentó la visión del librito (10,8-11) donde recibió la orden: “*Tienes que transmitir de nuevo las palabras de Dios, relativas a numerosos pueblos, naciones, lenguas y reyes*” (10,11). Así, él advierte: “El libro no va a terminar después de la séptima plaga. Va a haber muchas otras profecías. Terminó el libro de los siete sellos, el primer itinerario. Ahora vamos a leer el segundo itinerario, descrito en el librito dulce y amargo”. Además de eso, aumentó la visión de los dos testigos (11,1-3). Se trata de Moisés y Elías. Conforme a la esperanza del pueblo, Moisés y Elías debían volver para preparar la llegada del juicio final (Eclo 48,10; Mal. 3,23). Así, por medio de esta visión, Juan orienta la atención de los lectores al tema del juicio.

Al final de todo, después del juicio final, Juan retoma el tema del pueblo de las comunidades y cuenta cuál fue el resultado de su lucha. Describe cómo va a ser el nuevo futuro que las comunidades estaban preparando a través de su organización fraterna. Es la gran visión del nuevo cielo y de la nueva tierra (21,1 - 22,21).

Todo esto trae una lección muy importante. Juan quería ser fiel, no sólo a Dios, sino también al pueblo sufrido de las comunidades. Quería que su escrito fuera una respuesta real, concreta, a los problemas que el pueblo estaba sufriendo. Por eso él, buscando la manera más apropiada para expresarse, modificaba el itinerario y elaboraba otro. Lo importante para él era siempre lo siguiente: quitar el velo y revelar la Buena Nueva de Dios dentro de los acontecimientos de la marcha del pueblo.

SÉPTIMO CAPÍTULO

“A PESAR TUYO, MAÑANA HA DE SER OTRO DÍA”

SEGUNDO ITINERARIO DEL CAMINO DEL PUEBLO (Apocalipsis 12 - 22)

En el primer itinerario, Juan nos llevó al interior del cielo, lejos de la tierra. En el segundo, él comienza mirando el cielo (12,1), pero luego desciende y se queda en la tierra junto al pueblo que lucha y sufre (12,2). Y, al fin, el mismo cielo baja a la tierra (21,2), que será para siempre “*la morada de Dios con los hombres*” (21,3).

El primer itinerario describía el nuevo éxodo: Dios liberando a su pueblo. El segundo describe el juicio de Dios: Dios condenando a los opresores del pueblo. Es un juicio diferente, presente dentro de la historia, oculto en los acontecimientos. Juan va a quitar el velo para que el pueblo pueda comprender. El juicio tiene tres etapas:

1. El pasado (12,1-17): del año 33 hasta el año 95.
2. El presente (13,1 - 14,5): la época de la persecución de Domiciano (año 95).
3. El futuro (14,6 - 22,21): las cosas que van a suceder del año 95, hasta el fin.

Nosotros también vamos a asistir al juicio, llevando con nosotros nuestro recuerdo, la historia de nuestro pueblo y la situación de nuestro país y de nuestras comunidades. Así, a la luz del juicio de Dios, se podrán iluminar también para nosotros los acontecimientos de nuestro caminar.



EL PASADO: LA LUCHA ENTRE LA MUJER EMBARAZADA Y EL DRAGON DE FUEGO (12,1-17)

1. Dios toma partido a favor de la vida amenazada (12,1-6)

Comienza el itinerario. La primera visión es de lucha. En un lado, una mujer embarazada que grita con dolores de parto (12,1-2). En el otro lado, un dragón de fuego, la “*antigua serpiente*” (12,3-4). Esta lucha fue anunciada en el paraíso terrenal. Allí se profetizó: la victoria será de la mujer y de su descendencia; la serpiente tendrá la cabeza aplastada (Gén 3,15).

La mujer que grita con dolores de parto (12,2) es Eva, la primera mujer. Es la humanidad, todos nosotros, en cuanto luchamos por defender la vida contra la amenaza constante de muerte. Es el pueblo de Dios que lucha para que nazca la vida nueva. ¡Es María, la Madre de Jesús!
El dragón es la “*antigua serpiente, el diablo, Satanás*” (12,9). Es el poder del mal y de la muerte. El se coloca delante de la mujer para devorar al niño tan pronto nazca (12,4). Lucha desigual. Esta es la situación de la humanidad hasta hoy. La vida ya nace amenazada por la muerte. La vida pierde ante la muerte.

Dios toma partido. Defiende al niño (12,5), defiende a la mujer (12,6). El niño nace y es arrebatado al lado de Dios (12,5). El niño es Jesús. El nace, vive, muere, resucita, sube al cielo y recibe de Dios el poder para “*regir sobre las naciones con mano de hierro*” (12,5). La mujer también es liberada de la amenaza del dragón y huye al desierto (12,6). Es el pueblo de Dios que sale de Egipto al desierto. ¡Es la Iglesia que acaba de nacer!

¡Dios venció al dragón! La resurrección de Jesús es el nuevo comienzo. La lucha entre la mujer y el dragón ya está decidida. La historia que sigue después es sólo la consecuencia de la victoria ya alcanzada. En su segundo itinerario, Juan va a levantar el velo. Va a ayudar al pueblo a ver la victoria de Dios presente en los acontecimientos del camino.

2. El dragón es expulsado del cielo y baja a la tierra (12,7-12)

De acuerdo con el pensamiento de aquel tiempo, Satanás, el dragón, era el “*acusador de los hermanos*” (12,10), la mano dura. Él vivía junto a Dios para informarle sobre los pecados y las flaquezas de los hombres (Job. 1,6-12; 2,3-7). Pero Jesús venció y expió los pecados (Col. 2,13-15). La fe en Jesús y la entrega de la propia vida son más fuertes que el pecado que nos acusa (12,11). Por eso, no hay más necesidad de un dedo acusador. El dragón pierde su empleo. Ya no hay más lugar para él en el cielo (12,8). ¡Afuera con él! Y, en una gran batalla conducida por el arcángel Miguel (12,7), el dragón es expulsado del cielo (12,9). “*¡Ay de ustedes, tierras y mares, porque el diablo ha bajado a ustedes, temblando de furor al saber que sus días están contados!*” (12,12). Estamos en el inicio de la Iglesia. ¡El comienzo de las persecuciones!



3. Comienza la persecución a la Iglesia (12,13-17)

Aunque está ya derrotado, el dragón no desiste. ¡Quiere venganza! Vamos a perseguir a la mujer que dio a luz a aquel niño (12,13). Esto es, va a perseguir a la Iglesia. Pero Dios protege a la Iglesia. Como en el Éxodo (Ex 19,4; Deut. 32,11), ella recibe “*alas de águila*” y vuela al desierto (12,14). El dragón vomita un río detrás de la mujer para matarla (12,15). Es el río del Imperio Romano. El Imperio Romano es el vómito de Satanás. Pero la tierra se abre y traga al río (12,16). La naturaleza y la historia se tragan al imperio y defienden al pueblo perseguido.

El dragón no desiste y lanza un nuevo ataque. Comienza a hacer la guerra contra el resto de los descendientes de la mujer (12,17). Aquí estamos llegando al año 95. Es la época de Domiciano. En una nueva tentativa por destruir a la Iglesia, Domiciano comenzó a perseguir al pueblo de las comunidades que “*observan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús*” (12,17). Aquí termina la primera etapa del itinerario, que nos enseña lo siguiente:

- a) La persecución de las comunidades es parte de una lucha mayor entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal.
- b) El dragón que estimula la persecución es un derrotado. Fue derrotado por Jesús (12,4-5), por el arcángel Miguel (12,7-8), por los que creen en Jesús (12,11), y por la propia tierra (12,16).
- c) La persecución ya es un signo de la victoria de Jesús sobre el dragón.
- d) La persecución no consigue vencer al conjunto de las comunidades, la Iglesia, que tiene la protección de Dios.

e) La persecución de Domiciano es señal de miedo y de debilidad (12,12.17). Su poder está limitado en el tiempo (12,6.14). ¡Está en camino de recibir su quinta derrota!

EL PRESENTE: LOS DOS BANDOS EN LUCHA, LA BESTIA Y EL CORDERO (13,1-14,5)

La lucha entre la mujer y el dragón continúa. El dragón se encarna en la bestia, símbolo del Imperio Romano (13,1-18). La descendencia de la mujer se encarna en Jesús, el Cordero, y en el grupo de los 144,000 marcados con la señal de Dios (14,1-5; 7,3-8). En la primera parte, Juan habló de la persecución, pero no del perseguidor. Ahora él va a hablar del perseguidor. Va a dar una opinión más clara sobre la política del Imperio Romano.

1. El Imperio Romano: la bestia que combate a las comunidades (13,1-18)

Juan está en la playa y ve una bestia que sube del mar (13,1). El mar es símbolo de poder del mal. Es una bestia terrible. Parece una pantera, tiene pies de oso y boca de león (13,2). Tiene diez cuernos (13,1). Señal de mucho poder. Tiene siete cabezas (13,1). Son siete reyes emperadores (17,9-10). A esta bestia, el dragón le entrega todo su poder. Así, de acuerdo a Juan, el poder del Imperio Romano no viene de Dios, sino de Satanás (13,2.4).

La bestia hace todo para aumentar su poder sobre el pueblo. Una de sus cabezas tiene una herida mortal, pero se curó (13,3.12.14). Esto es, de acuerdo a la creencia del pueblo, Nerón habría vuelto a vivir en Domiciano. A causa de esto, la tierra entera se quedó admirada y comenzó a adorar a la bestia (13,3-4). “*¿Quién puede luchar contra la bestia?*” (13, 4).

El poder de la bestia es un poder insolente (13,5): ataca a Dios con blasfemias (13,6), persigue al pueblo de las comunidades (13,7) y tiene pretensiones de ser dios y dueño del mundo entero, con todos sus habitantes (13,7-8).



¿Cómo es que la bestia consigue engañar al mundo entero, y “dominar la mente” de tanta gente? Ella recibe la ayuda de otra bestia que tiene la apariencia de cordero, pero que habla como un dragón (13,11). Son los falsos profetas (16,13; 19,20; 20,10): milagrosos, sabios, sacerdotes, técnicos que colocan su magia, su poder, su ministerio y su saber al servicio del imperio (13,12).

Estos falsos profetas realizan maravillas (13,13). Imitan al profeta Elías (1 Re 18,38-39), haciendo

descender fuego del cielo, a la vista de todos (13,13). Realizan grandes proyectos (13,15) que causan la admiración de todos (13,14). Así seducen a la humanidad entera y consiguen que todos adoren la imagen de la bestia (13,15). Y no es sólo eso: dominan la vida del pueblo por el miedo y por el control de la economía. Quien no apoya al régimen, ¡muere! (13,15). Quien no tenga la marca o el número de la bestia, no puede vender ni comprar nada (13,16-17). De esta manera, los falsos profetas, tanto los de ayer, como los de hoy, engañan al pueblo y mantienen el régimen del imperio.

Finalmente, Juan da la clave para que la gente entienda en qué consiste el mayor crimen del imperio. Está expresado en el número de la bestia, que es el 666 (13,18). Como ya vimos, el número 666 señala al emperador de Roma y denuncia su pretensión de ser dios y dueño del mundo: quiso ser 7, pero no pudo. Juan no tiene duda. Para él, el Imperio Romano no sirve. ¡Es obra de Satanás!

Todo ese es un poder limitado, controlado por Dios. La persecución sólo va a durar 42 meses (13,5). Es la mitad de siete años. Número simbólico para indicar la imperfección. Esto es motivo de fe y de perseverancia para el pueblo perseguido (13,10).

2. Las comunidades: el cordero y su ejército que resisten al imperio (14,1-5)

Después del imperio, aparecen el Cordero, y los 144,000 marcados con el nombre de Dios (14,1). Se trata del pueblo de las comunidades que resiste la persecución del imperio (7,3-8). No hay ni puede haber nada en común entre los dos campos de lucha. ¡Es puro contraste! Y Juan acentúa el contraste. Hay una oposición total entre el Cordero, de un lado (14,1), y la bestia del otro; entre el Monte Sión, Jerusalén (14,1) y Roma, la sede del imperio; entre los 144,000 marcados con el nombre de Dios y del Cordero y el mundo de gente marcada con el número de la bestia; entre el susurro del canto de victoria que alaba a Dios (14,2-3) y las palabras insolentes y blasfemas contra Dios; entre la fidelidad que resiste al imperio sin contaminarse (14,4), y la seducción del imperio que lleva a adorar a la bestia; entre el poder de Dios dado al Cordero (5,12) y el poder del dragón dado a la bestia (13,2); entre la verdad que rechaza la mentira del imperio (14,5) y la mentira del imperio que rechaza la verdad.

No hay un ataque directo de los 144,000 contra el imperio. Su lucha es de otro tipo. El pueblo de las comunidades sigue al Cordero (14,4). Resiste y no se contamina con el culto a los falsos dioses: son vírgenes (14,4). Alimentan su fe y su perseverancia con la certeza de que Dios, y no el imperio, es el dueño del mundo (13,10). Se organizan de manera fraterna e igualitaria, como antiguamente las doce tribus (7,3-8). Observan la ley de los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (12,17).

Es la lucha resistente del pueblo perseguido que, a un largo plazo, va a derrotar al imperio (17,14). El imperio va a caer por podrido, derrumbado por las plagas de la historia. Mientras tanto, el pueblo de las comunidades, por su lucha, prepara el comienzo del nuevo futuro. Ya desde ahora las comunidades son las primicias para Dios y para el Cordero (14,4). Son una muestra del futuro que Dios quiere para todos. Por eso, desde ahora, ellas cantan victoria (14,2-3). Canto fuerte que llena el mundo con su voz, semejante al estruendo de muchas aguas (14,2).

Aquí termina la segunda etapa del itinerario. Termina la descripción de la situación en que se encontraba la humanidad en el momento en que Juan estaba escribiendo el Apocalipsis. La impresión que queda es la misma que quedó al final de la primera etapa: es una lucha desigual, como era desigual la lucha entre la mujer y el dragón. Es el mundo entero que se organiza para derrotar al pueblo de las comunidades. Pero Dios ya pronunció la sentencia de condenación contra el dragón y contra la Bestia. ¡La sentencia va a ser ejecutada ahora!



*Expulsa
a los
mercaderes
del
templo*

EL FUTURO: JUICIO Y CONDENACIÓN DE LA BESTIA Y DEL DRAGÓN (14,6 - 20,15)

Juan continúa descubriendo el itinerario del camino. Describió el pasado (12,1-17) y el presente (13,1-14,15). Ahora, quita el velo del futuro. Comienza a describir cómo va a ser el final de la lucha que comenzó allí, en el paraíso terrenal. Es la parte más difícil del Apocalipsis. Vamos a dar sólo una ayuda que permita descubrir la punta de la madeja y el meollo de la cuestión.

Aparecen tres ángeles y anuncian lo que va a suceder. El primero anuncia la llegada del día del juicio (14,6-7). El segundo anuncia la caída de Babilonia (14,8) (Babilonia es Roma, la capital del imperio). El tercer ángel anuncia la derrota final de todos los adoradores de la bestia (14,9-11). ¡La condenación del imperio ya está decretada! La certeza de la victoria da fuerzas al pueblo de las comunidades para continuar resistiendo (14,12-13).

Los tres anuncios nos dan los tres pasos de esta tercera etapa del imperio.

- La llegada del día del juicio va a ser descrita del 14,14 hasta 14,20.
- La caída de Babilonia va a ser descrita ampliamente, del 15,1 hasta el 19,10.
- La derrota final va a ser descrita con imágenes, del 19,11 hasta el 20,15.

1. La llegada del día del juicio (14,14-20)

Aparece el Juez de la historia, el Hijo del Hombre, sentado en un trono de nubes (14,14). Es Jesús, el Mesías, de la forma que fue anunciado por el profeta Daniel (Dan 7,13). El tiene una hoz afilada en la mano (14,14). Un ángel grita: *“Usa tu hoz, y cosecha, pues llega la hora de cosechar”* (14,15).

¡Comenzó la cosecha! (14,16). Inmediatamente después, en otra visión otro ángel grita: *“Lanza tu afilada hoz y cosecha los racimos en la viña de la tierra, porque ya están maduros!”* (14,18). Comenzaron a recoger y a pisar las uvas (14,19-20).

Levantarse la cosecha y pisar las uvas maduras son imágenes del juicio final. ¡Comenzó el juicio! Comenzó la condenación de aquellos que estaban persiguiendo al pueblo de Dios. El juicio y la condenación consisten en la lenta destrucción de Babilonia.

2. La caída de Babilonia (15,1 - 19,10)

Aparecen siete ángeles, con siete plagas (15,1). Son las siete plagas que van a destruir poco a poco a la “*gran ciudad*”, Babilonia (16,19). Al mismo tiempo, aparece el pueblo que aguantó la persecución del imperio y venció a la bestia (15,2). Está de pie sobre un mar de vidrio (15,2). Como el pueblo del Exodo, después de la travesía del Mar Rojo (Ex 15,1-21), ellos cantan el cántico de Moisés y del Cordero (15,3; 14,3). Y en el canto celebran el juicio de Dios que acaba de comenzar (15,3-4).

Enseguida, las plagas van cayendo, una después de otra: úlceras malignas (16,2), el mar transformado en sangre (16,3), las fuentes transformadas en sangre (16,4), calor que abrasa y quema (16,9), tinieblas (16,10), los ríos se secan (16,12) y finalmente, un terremoto que destruye la ciudad de Roma (16,19).

Son las plagas de la historia, interpretadas por Juan como juicio de Dios y celebradas en el cielo en solemne liturgia (16,5-7). Las plagas no consiguen la conversión de los que adoran a la bestia (16,9-11). Por el contrario. Animados por el espíritu del dragón, de la bestia y del falso profeta (16,13), los reyes del mundo entero se organiza para hacer la guerra contra Dios (16,14.16). En vez de conversión, las plagas provocaron la blasfemia contra Dios (16,9.11.21).

La gran Prostituta

Del capítulo 17,1 hasta el 19,10, sigue una nueva visión de Babilonia y de su caída. Juan recibe una invitación: “*¡Ven! Voy a mostrarte el juicio de la gran prostituta*” (17,1). El ve una mujer ricamente ataviada (17,3-4). Su nombre es: “*Babilonia, la Grande, madre de las prostitutas y de los abominables ídolos de todo el mundo*” (17,5). Ella estaba borracha, no de vino, sino de la sangre de los mártires (17,6). Ella lleva al mundo entero a embriagarse con el vino de su prostitución (17,1). Viendo a la mujer, Juan se quedó admirando (17,6). Un ángel explica el misterio de la mujer (17,2) y deja bien claro que se trata de la ciudad de Roma, capital del imperio (17,9). Al final, él concluye: “*Esa mujer que has visto, es la Ciudad Grande, la que reina sobre los reyes del mundo entero!*” (17,18).

En seguida, del capítulo 18,1 hasta el 19,10, siguen cuatro cánticos. El primero anuncia la caída de Babilonia (18,2-3). El segundo pide venganza contra el mal que Babilonia hizo (18,-8). El tercero es un lamento dramatizado sobre la caída de Babilonia (18,9-24). El cuarto es una celebración participada de la victoria del juicio de Dios sobre la gran prostituta (19,1-8).



En los tres primeros cánticos, Juan muestra cómo la causa de toda la maldad de Babilonia fue su deseo de lujo y su acumulación planificada y organizada (18,3.7.9-20,23). Por eso ella se volvió “*la morada de los demonios*” (18,2).

Después del juicio a la gran prostituta, “*llegó el tiempo de las bodas nupciales del Cordero*” (19,7). Su esposa, el pueblo de Dios, ya está lista (19,7). Ya se distribuyeron las invitaciones para la fiesta (19,9). Pero antes de esa fiesta final, viene la derrota total de los adoradores de la bestia.

3. La derrota final del dragón, de la bestia y de sus adoradores (19,11 - 20,15)

Aquí comienza la parte más difícil de todo el Apocalipsis. Son visiones oscuras, cuyos detalles no tienen interpretación precisa. No pueden ser tomados al pie de la letra, palabra por palabra. Son símbolos. Pero el sentido general del conjunto queda claro. Juan quiere enseñar que, al final, el mal será totalmente derrotado. La victoria será del bien y de la justicia.

A. La primera derrota (19,11-21).

Aparece un caballo blanco (19,11). Su jinete tiene varios nombres: “*Fiel y Verdadero*” (19,11), “*Palabra de Dios*” (19,13), “*Rey de reyes y Señor de señores*” (19,16). ¡Es Cristo Jesús! Acompañado de los ejércitos celestes (19,14), él viene a “*juzgar y combatir con justicia*” (19,11). Mientras los reyes de la tierra, liderados por la bestia, se preparan para el combate final (19,19; 16,13-16), un ángel llama a los buitres: “*Vengan a devorar al soldado y a su caballo, a hombres libres y esclavos, pequeños y grandes*” (19,18). El ejército de los reyes es derrotado. La bestia y el falso profeta son capturados y arrojados vivos al lago de fuego (19,20). Los otros adoradores de la bestia, están ya muertos todos por la espada que sale de la boca del gran caballero (19,21).

B. El reino de mil años (20,1-6)

Un ángel baja del cielo y agarra al dragón, “*la antigua serpiente, el diablo, Satanás*” (20,1). El dragón es esposado y arrojado al gran abismo, donde se quedará durante mil años (20,2-3). En seguida, sucede la “*primera resurrección*” (20,5-6). La primera resurrección es la de los que dieron testimonio de Jesús y resistieron contra la bestia (20,4). Su testimonio dejó semilla y resucitó en la Iglesia, que ahora crece y se esparce por el mundo entero. Esto va a durar mil años (20,4). Los otros muertos no participan de esta primera resurrección (20,5), porque la vida de éstos no valió para nada y no dejó semilla en la tierra de la vida del pueblo.



Los mil años indican el tiempo que va desde el fin de la persecución del imperio hasta el fin del mundo. Es el tiempo completo señalado por Dios. No puede ser tomado al pie de la letra. Pues con relación al fin del mundo, nadie sabe nada. Sólo el Padre (Mc 13,32; Hch 1,7).

C. La segunda derrota y el juicio final (20,7-15).

Después de los mil años, el dragón se soltó (20,7). Pero es sólo por poco tiempo (20,3). Andando por el mundo, él seduce a las naciones (20,8). Ellas se organizan para hacer guerra contra el pueblo de Dios (20,8). Llegan a cercar “*el campamento de los santos y la ciudad amada*” (20,9). Nuevamente la lucha es desigual. Es el último intento de la serpiente contra la descendencia de la mujer. Y, nuevamente, Dios interviene a favor de la mujer, a favor de su pueblo. Un fuego baja del cielo y devora a todos (20,9). Y finalmente entonces, el dragón es tomado preso y arrojado en el lago de fuego, donde ya se hallaban la bestia y el falso profeta (20,10). Y allá se quedarán, por los siglos de los siglos (20,10).

Enseguida, Juan ve el trono blanco de Dios (20,11). Es el trono del Juez. La muerte es obligada a devolver a todos los que por ella fueron engullidos en el correr de la historia (20,13). Todos son juzgados, cada uno conforme a sus obras (20,12.13). Terminado el juicio, la propia muerte ya vencida, es arrojada al lago de fuego (20,14). Y junto con ella van todos los que no estaban inscritos en el libro de la vida (20,15). Es “*la segunda muerte*” (20,14). ¡La muerte de la propia muerte! ¡Al final sólo va a quedar la vida, y vida en abundancia! (Jn. 10,10). ¡Todo está listo para la fiesta final!

LA FIESTA FINAL DEL CAMINO (21,1 - 22,5)

“*Vi entonces un nuevo cielo y una nueva tierra*” (21,1). El futuro que brota al final del camino surge como una nueva creación. Surge como don de Dios y como fruto de la lucha del pueblo perseguido que procuró ser fiel. El itinerario del nuevo éxodo (4,11) encuentra aquí la libertad. El itinerario del juicio (12,20) encuentra aquí la justicia. Y los rasgos del rostro de Dios que todos buscaban durante la caminata, brillan ahora con todo su esplendor. El velo es quitado completamente! Aparece el rostro de Dios cara a cara, ¡ estampado en un mundo transformado!

Un rostro no se comenta. Un rostro se mira y se contempla. Sobre todo, ¡cuando es el de la persona amada! El comentario puede incluso echar a perder la belleza de la poesía y del amor. Lo mejor es mirar. Mirar y contemplar el futuro que Dios preparó para los que lo aman (1 Cor 2,9). Este futuro alimenta la fe, la esperanza y el amor. Alimenta en nosotros la lucha y la resistencia contra el imperio que, hasta hoy, quiere tragarse a las comunidades que se organizan en fraternidades.

Siente puntos para ayudar a meditar el futuro que Dios ofrece

El futuro que Dios ofrece está en gestación en lo recóndito de la historia. Su semilla está en el pasado del pueblo. Una primera muestra del futuro ya aparece en la lucha del pueblo perseguido que resiste al imperio y se organiza de manera fraterna. ¿Cómo será el futuro, después de terminada la lucha? Nadie lo sabe. Nadie sabe lo que Dios preparó para aquellos que le aman (1 Cor 2,9). Pero Juan intenta adivinar a partir de las cosas que Dios ya realizó en el pasado y a partir de lo que él mismo ve realizado en las comunidades. Juan intenta imaginar el futuro a partir de la semilla y de la muestra.

El, por así decirlo, agarra siete “diapositivas” del pasado, coloca la lámpara de la fe detrás y las proyecta en la tela del futuro. Y así nos ofrece la visión de la fiesta final del camino (21,1 - 22,5).

1. *El futuro que Dios ofrece es una nueva creación*
2. *El futuro que Dios ofrece es un nuevo paraíso terrenal*
3. *El futuro que Dios ofrece es una nueva alianza*
4. *El futuro que Dios ofrece es una nueva organización de las doce tribus*
5. *El futuro que Dios ofrece es una nueva Ciudad Santa, Jerusalén*
6. *El futuro que Dios ofrece es un pueblo renovado, bello como una novia.*
7. *El futuro que Dios ofrece es él mismo*



“Mira que estoy a la puerta y llamo;
si alguno oye mi voz y me abre la puerta,
entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”
Ap 3,20